

UNIVERSIDAD DE CHILE

FACULTAD DE FILOSOFIA Y EDUCACION

ESCUELA DE PERIODISMO

UNIVERSIDAD DE CHILE



3 5601 15795 1793

TRES PERIODISTAS

WERNER E. ARIAS AESCHLIMANN

1960

696
060
4

u n i v e r s i d a d d e c h i l e
E S C U E L A D E P E R I O D I S M O

T R E S P E R I O D I S T A S

+

Mi aporte al ambicioso proyecto de publicar una
antología de los periodistas chilenos.

+

+

MEMORIA PARA OPTAR AL TITULO DE PERIODISTA DE
W E R N E R A R I A S A E S C H L I M A N N
Profesor Guía, Ramón Cortez Ponce

+ 1960 +

SENORA BLANCA ELENA GROTE.
CON PROFUNDO APRECIO Y IA

DEDICATORIA:

T R E S P E R I O D I S T A S

- † Hugo Ercilla Olea
- + Alfonso Reyes Messa
- + Ezequiel de la Barra Orella

...ooo000ooo...

A MANERA DE INTRODUCCION

La necesidad de efectuar el presente trabajo, para coronar la labor que durante 4 años un alumno de Periodismo desarrolló en su Escuela, y durante casi un año de práctica profesional, fué una preocupación latente desde el momento en que, por haber terminado los cursos académicos, se alejó de las aulas, maestros y compañeros.

El horizonte se vé más claro cuando la profesión está ya sólidamente reconocida por los instrumentos legales existentes en nuestro país.

Y para eso es necesario, en nuestra vida universitaria, poner un broche a la carrera con una labor que signifique un aporte efectivo y real a la bibliografía o a los conocimientos que se tengan sobre el tema del cual se trata. Entiéndase en este caso genérico al Periodismo.

Es, en cierto modo, devolver a la Universidad, así, en forma directa, a manera de una flor, las semillas que durante una importante etapa de nuestra vida, estuvo sembrando en el intelecto de los que a ella pertenecieron.

....O....

Los nombres de Hugo Ercilla Olea, Alfonso Reyes Messa y Ezequiel de la Barra O., representan una generación de nuestro periodismo. Una generación de gran valer. Sus nombres, evidentemente, son nombres de categoría.

Hugo Er cilla representa al periodismo de información y a la prosa (o crónica) poética. Alfonso Reyes, al periodismo de opinión, o periodismo orientador. Ezequiel de la Barra, al escritor-periodista, que aun siendo abogado y juez, señaló, in variabilmente, como su profesión la de periodista, porque fué la que lo apasionó, y, para la cual vivió.

Los tres están ya retirados del periodismo activo, aunque colaboran esporádicamente aún. Esto hace que lo que de ellos se diga y opine en este trabajo, tenga cierto carácter permanen te.

Tal vez algunos consideren estos puntos de vista como apasionados y unilaterales, y posiblemente haya muchos que no los compartan. Naturalmente el presente es un trabajo de opinión, donde lo subjetivo no puede ni debe dejarse de lado.

...

Desde ya, los agradecimientos a Hugo Ercilla Olea, Alfonso Reyes mesa y a Ezequiel de la Barra, con cuyo valiosísimo concurso se efectuó este trabajo.

HUGO ERCILLA OLEA

De aspecto tranquilo, alejado de jolgorios y relativo amigo de la bohemia, Hugo Ercilla Olea posee una personalidad autodefinida como tímida. Su silueta de 1,70.mt. de altura que rebosa salud, un tanto maciza, combina perfectamente con el carácter repesado de sus narraciones.

Tras una vida dedicada al periodismo, durante la cual le tocó presenciar un radical cambio de rumbos en la vida institucional de la Patria, sigue siendo un andariego contumaz.

Sin haber intervenido en política, llegó a Jefe de Informaciones de "El Mercurio", y más que por sus crónicas reporteriles, es por ese cargo que se destacó en el desempeño de su profesión.

Su estilo literario, más que de un periodista, parece ser de un escritor, por la fluidez de sus ideas coordinadas en amenas, descriptivas y poéticas informaciones.

Hugo Ercilla nació en Santiago, en el hogar de Clodomiro Ercilla y Melania Olea el 23 de Noviembre de 1905.

Era niño cuando surgieron en él las aficiones periodísticas, influenciado, quizás, por sus vecinos entre los que se contaban escritores e intelectuales de fuste.

En Los Guindos de Ñuñoa, donde residía, vivían, entre otros, Eduardo Castillo Velasco, Luis Arrieta Caffas, Víctor Domingo Silva, etc.

Entre el hijo de este último personaje y Ercilla nació una estrecha amistad que se intensificaba con el correr de los días.

En la casa del insigne escritor, que visitaba corrientemente, conoció su primera máquina de escribir, que observaba con asombro y ansiedad.

Le atrajeron de inmediato los tipos de imprenta del viado en

tefacto, que serían, posteriormente "su pan de cada día".

En estrecho contacto con la gente de su barrio, se fué formando su personalidad. El Liceo Lastarria y los Institutos Moderno y San Martín, lo tuvieron como alumno. Sus inquietudes literarias un tanto adormiladas todavía, surgieron de improviso, mientras estudiaba en este último establecimiento.

Comenzó a enviar artículos a "Las Últimas Noticias", usando por primera vez uno de sus seudónimos: "Cyrano".

Contaba entonces, apenas 15 años de edad. Al mismo tiempo fundó "El Heraldito de Ñuñoa", semanario de circulación comunal, del cual fué director y dueño.

No solo escribía, sino que también tomó contacto con otras actividades íntimamente ligadas al periodismo, como es, por ejemplo, contratar avisos y distribuir la publicación, habiendo primero revisado las pruebas en la imprenta "La Economía" que estaba instalada en San Pablo 1429.

"El Heraldito" era un periódico pequeño pero completo, que contaba hasta con una sección de vida social. Al año siguiente (1921) desapareció la publicación por dificultades económicas de su joven dueño.

El periodista también desapareció para ingresar como empleado de la Chile Telephone Company, donde debía llevar al día libros de cuentas corrientes.

Pero en ese burocrático empleo, donde ocupaba altos taburetes Hugo Ercilla duró sólo tres meses. Lo abandonó para volver al periodismo.

Nuevamente apareció "El Heraldito de Ñuñoa", en su segunda etapa.

... que publicaba entonces una página literaria que dirigía
fue también efímera. Ercilla era su secretario, y en algunas oportu-
dades Comensó, al mismo tiempo a enviar párrafos noticiosos a "El Mer-
curio" y a "Las Ultimas Noticias", referentes a la pésima movili-
zación que aparecía en el barrio, tema que le inspiraba para in-
cluir en las columnas de "El Herald" algunos versos como los que
jocosamente dedicaba Pedro J. Malbrán al Servicio tranviario: Cay
los vega L por. "Viajar en carro Ñufoa

De esa misma época hoy es cosa original algunos sobre diversos té-
picos como "Defendamos la cual no se atreve ritiocha la corte de har-
moes aboras caro así nomas un mortal". Avenida Irarrázaval.

Fue en ese momento cuando don Alfonso Baldrich Rivas, que a-
cababa de regresar de España, donde había desempeñado funciones di-
plomáticas, dió una recomendación al adolescente Hugo Ercilla para
don Carlos Silva Vildóola, a la sazón, director de "El Mercurio",
quien lo acogió con profunda simpatía y le asignó una plaza como
ayudante del corresponsal de "El Mercurio de Valparaíso", cargo que
había dejado vacante otro aprendiz de periodista: Roberto Aldunate
León.

Su labor consistía en ir a los talleres, obtener copias de
los editoriales y de las principales informaciones y leerlas por telé-
fono a Valparaíso.

Todo esto hizo que Ercilla fuera adquiriendo un trasfondo cul-
tural sólido, e iría a encauzar su interés en el periodismo por una
senda que le indicaría el futuro de sus actividades al servicio de
la comunidad en forma definitiva.

Al mismo tiempo seguía colaborando en las "Ultimas Noticias".

diario que publicaba entonces una página literaria que dirigía Ramón Ricardo Bravo. Ercilla era su secretario, y en algunas oportunidades incluía artículos propios, muchos de los cuales eran de crítica.

Recuerda, por ejemplo, el elogio que hizo de "Buenos Aires espiritual" del escritor Alberto Romero, y "Triunfos de un chileno" de su amigo y compañero de estudios en el Instituto San Martín, Carlos Vega López.

De esa misma época son muchos artículos suyos sobre diversos tópicos como "Defendamos el árbol", en que criticaba la corta de hermosos árboles carolinos que sombreaban la Avenida Irarrázaval.

NACE EL REPORTERO

En 1923, Hugo Ercilla Olea dejó el cargo de ayudante del corresponsal, y ocupó un puesto en la crónica de "El Mercurio" de Santiago, ganando \$ 300 mensuales, \$ 50 más que en su cargo anterior.

Primeramente fué cronista de Municipalidades, mientras eran alcaldes don Rogelio Ugarte y don Luis A. Cariola, ambos periodistas. El primero fundador de "La Ley" y el segundo, en una época director de "El Mercurio".

La Intendencia era ocupada por otro periodista: Alberto Mackenna Subercaseaux.

Todos ellos facilitaron cordialmente la labor del representante de "El Decano" y constituyeron sus verdaderos consejeros que le indicaron como ver los hechos cotidianos sin apasionamiento y con lente objetivo, lo que no es fácil lograr, sobre todo en la profesión de periodista, en que las opiniones son encontradas.

Más tarde pasó a educación, frente noticioso que se cubría prin

principalmente en la Universidad de Chile.

Posteriormente fué reportero de Militares y Navales, y como tal presencié hechos históricamente memorables.

Ejercía ese cargo cuando estalló la revolución que terminó con el primer gobierno de Arturo Alessandri Palma.

Derrocado y desterrado, el "León" de Tarapacá por el movimiento de Septiembre de 1924, se hizo cargo del gobierno una junta militar, presidida por el General Carlos Altamirano, cuyas actuaciones eran secretamente vigiladas por una junta militar de la cual era jefe en entonces Coronel Carlos Ibañez del Campo, Director de la Escuela de Caballería.

Esta junta estimó que el gobierno de Altamirano no estaba cumpliendo los propósitos de la revolución, y se generó en movimiento restaurador que, sin derramamiento de sangre, tomó el mando el 23 de Enero de 1925, tras horas de vacilaciones e incertidumbre.

En esa oportunidad, la opinión pública y la prensa no sabían a que atenerse.

Ercilla, para salir de dudas, trató de obtener alguna declaración del Teniente Lazo, ayudante del Coronel Ibañez.

-Vaya a la casa del General Contreras Sotomayor, Comandante en Jefe de la Fuerza Aérea de Chile, y allí encontrará noticias-le confidenció.

Ercilla partió de inmediato a la Quinta Meiggs en la Alameda, donde vivía el general Contreras, adversario político de Ibañez, y fué recibido en el mismo momento.

-Amigo, que le trae por acá-le dijo, le ofrezco una sandía: hace mucho calor.

Iban a comenzar la charla, cuando irrumpió en la casa del general un grupo de soldados armados que le ordenaron darse preso. Al cronista lo encerraron en una pieza y sólo una hora después lo pusieron en libertad.

Se dirigió al palacio presidencial inmediatamente, pero cuando llegó, el golpe del 23 de Enero ya se había consumado. Las nuevas autoridades acordaron llamar al país al presidente Alessandri que estaba en Europa.

Paralelamente a esta actividad reporteril de tipo político-militar, debía ir todas las noches de los martes a la Estación Mapocho para recibir la combinación transandina, vía por la que llegaban a Santiago todas las visitas extranjeras de importancia, salvo, lógicamente las que lo hacían a través de los puertos.

Así, en nombre del diario saludó a muchas distinguidas personalidades, por ejemplo, Eduardo Marquina, Paul Port, el Maharajá de Kapurthala, Hugó Wast; etc., a quienes entrevistaba en pocos minutos para llegar al diario a medianoche y redactar la información antes de que fuera demasiado tarde para enviarla a los talleres.

Estos reportajes eran de "cliché". Los viajeros arrivaban cansados, y eran esperados por intelectuales y hombres de gobierno.

Era deber del reportero ser el primero de los del oficio en saludar al recién llegado y obtener alguna declaración.

Habitualmente sólo había tres reporteros en espera del viajero (representantes de El Mercurio, La Nación y El Ilustrado), no obstante lo cual, se atropellaban para entrevistar al personaje.

Al día siguiente los tres diarios decían más o menos lo mismo:
"Fuimos los primeros en saludar en nombre de.... a..... quien manifiestó:

-Estoy encantado de llegar a esta tierra. El paso de Los Andes es algo maravilloso, deslumbrador..?"

La entrevista verdaderamente formal la hacía el diario al día siguiente cuando el viajero ya había leído lo que acerca de él decían los periódicos y estaba llano a charlar.

La Revolución del 4 de Junio de 1932, encontró a Ercilla también como reportero de Militares y Navales.

El movimiento se generó secretamente contra el presidente Juan Esteban Montero. Su inspirador fué un periodista de nombre Carlos Dávila.

La tarde del 3 de Junio se sublevó la Escuela de Aviación cuyos oficiales se reunieron en "El Bosque", con numerosos políticos. Al conocerse este hecho, el presidente Montero envió al comandante Ramón Vergara a imponer orden.

Ercilla contaba con varios amigos aviadores, lo que le valió para pasar la tarde en la Aviación, y fué testigo ocular del momento cuando el comandante Vergara, por orden del Presidente fué a intimar rendición a los oficiales sublevados.

Al llegar aquel, fue recibido por el comandante Tovarías, quien le ordenó darse preso.

- Quien da esa orden? preguntó Vergara.

- Yo, respondió Tovarías. Vergara desenfundó su pistola, e hirió en un brazo a su interlocutor. Los demás oficiales arrestaron entonces a enviado presidencial.

Al día siguiente, Hugo Ercilla que había pasado la noche en "El Bosque", acompañó a Santiago a los revolucionarios, quienes marcharon sobre la capital, y entró junto a Marmaduke Grove, líder político de gran importancia, a La Moneda.

Corrió al diario a dar la primicia de la caída del gobierno. El director de "El Mercurio", Clemente Díaz León le gritó: "Ese es falso! Retírese de aquí! ¡Indague! ¡No crea rumores!

-Pero señor....

Vaya! ¡Le ordeno!

Pero, en realidad, el hecho estaba consumado.

En 1933, Ercilla que se había acostumbrado a la vida dura de reportero, que debe ir tras la noticia incansablemente, pasó a ocupar el cargo de reportero policial.

Estas informaciones requieren, de quien las cultiva, de cierta aptitud singular, y son, probablemente, las que necesitan mayor capacidad periodística propiamente tal, junto con la política.

El oficio periodístico es evidentemente necesario en esta tarea que no sólo informa de lo que pasó, sino que debe profetizar y obtener conclusiones sobre hechos que no han tomado su forma definitiva.

Ercilla ocupó en "El Mercurio" el cargo que había dejado vacante Julio Arriagada Herrera ("Archivero"), y continuó con el mismo estilo novelesco que había implantado su antecesor, dando extensas relaciones de hechos delictuales a páginas enteras,

El trabajo de reportero policial fué el que más le agradó. Muchos de los jueces de entonces eran sus amigos personales: Rafael Fontecilla Riquelme, entonces Juez del 2º Juzgado del Crimen y ac-

tualmente Presidente de la Corte Suprema de Justicia. Humberto Arce Bobadilla, después Ministro de Justicia, Manuel González Castillo, posteriormente Ministro de Corte, etc.

De este modo, el periodista tuvo contacto con inmensos dramas humanos que conmovieron hasta sus fibras más íntimas.

No conoció directamente a los delincuentes, porque a estos no se los entrevistaba.

La prensa no les daba importancia apologizando sus fechorías. Los mismos lectores no tenían el afán morboso que ostentan hoy.

Ercilla vivió acontecimientos que difícilmente pudieron ser conocidos por la opinión pública, porque la "versión oficial" generalmente subsistía, a menos que la prensa hiciera un desmedido escándalo por probar lo contrario, cosa que tampoco era posible en esa época, dadas las condiciones políticas imperantes.

En 1928, Investigaciones detuvo a un audaz delincuente internacional de apellido Da Silva, de quien se decía que habría llegado al país con el encargo de asesinar al Presidente de la República, Carlos Ibáñez del Campo.

Una tarde, las autoridades anunciaron que se lo expulsaría de Chile, llevándolo a la frontera, y un auto partió con ese destino.

Un jefe policial confidenció a Ercilla: "Sigalos, va a haber novedades"

El reportero salió un poco más atrás, y en el camino lo sorprendió la noche.

Pasado Colina, y mientras subía la Cuesta de Chacabuco, vió detenido el coche policial. ¿Que había pasado?

-El hombre-quisieron hacerle creer-había caído víctima de la Ley de la fuga. Pidió permiso para bajarse a efectuar una diligencia urgente y trató de escapar.

-Buena puntería en noche tan oscura, comentó el periodista.

-¿Entonces no cree?, interrogó a su vez el agente, con cara de pocos amigos.

El reportero no dijo una palabra más y regresó a su automóvil, temeroso de correr la misma suerte de Da Silva.

Evidentemente sabía que los agentes habían asesinado al hombre, pero debió "oír" la versión policial de este hecho que tenía su origen en una circunstancia política.

Ver morir a un prójimo conmueve hasta las entrañas a un ser humano, y más aún si este sufre la pena capital determinada por otros hombres.

Ercilla presenció en la Penitenciaría de Santiago la ejecución de un aristócrata de apellido Barceló Lira, después de un ruidoso y apasionante proceso por haber dado muerte a su esposa, hija de la escritora Inés Exheverría de Larraín, en un chalet de la avenida Holanda.

Barceló Lira enfrentó sereno. como pocos logran, al pelotón de fusileros, y antes de ser sentado en el banquillo, de pie paseó tranquilamente su mirada sobre quienes iban a ser testigos de la ejecución, y exclamó, alzando su diestra: "Juro por Dios que no soy culpable".

Después, la voz de mando, un fogonazo, y en el corazón de más de algún circunstante, el secreto remordimiento de haber asistido a la ejecución de un inocente.

Después de trabajar en Policía, Ercilla desempeñó funciones como Tercer y Segundo Cronista. Debía permanecer en el diario atendiendo lo que se ha dado en llamar el "papeleo". Además efectuaba entrevistas cuando estas eran importantes y ocasionalmente concurrió a "La Moneda" como reportero.

En 1939 fué redactor político, tarea de la que guarda grandes recuerdos, por ser una de las más activas e interesantes de la función reporteril. El político es siempre un personaje destacado, y la prominencia de su figura tiene relación directa con su amistad con la prensa.

Ese mismo año, ~~apenas ocurrido~~ debió viajar a Chillán con motivo del terremoto que asoló la región, acompañando al Ministro del Interior, Pedro Enrique Alfonso.

En esa ciudad, completamente destruida, en la que el drama de la devastación total se enseñoreaba sobre los pocos sobrevivientes que habían quedado, escribió algunas de sus más nerviosas crónicas, que nunca perdieron el estilo poético que su autor sabía imprimir a cada párrafo que salía de su pluma.

Con una máquina de escribir que encontró entre los escombros de un edificio público redactó notas para el diario, instalando su "sala de redacción" en el quiosco de la plaza.

Con el espíritu apesadumbrado de tanto drama junto, debió ir todos los días a Chillán, para volver en la tarde e informar a los lectores sobre las medidas de emergencia puestas en práctica y los avances en la remoción de escombros y sepultación de cadáveres, y en general de todo lo relacionado con lo que se iba llevando a cabo en la zona devastada.

Su tarea como reportero fué vasta. Por mucho tiempo fué sub jefe de informaciones, cargo que en jerga periodística se conoce como "segundón", hasta que en 1946 fué nombrado Jefe titular, puesto que ocupó hasta 1949, cuando jubiló.

No le entusiasmó mucho haber ascendido por-que conocía los sinsabores que emanan de esa responsabilidad por su experiencia de años, mientras era "segundón".

Además, siempre le ha parecido más propio de la carrera, el periodismo de "dos pies" y no el de cuatro.

No se aviene con quien ha pasado su vida corriendo tras la noticia, siendo el primero en saberla, el tener que estar tras las cuatro patas del escritorio esperando que lleguen novedades. Pero Ercilla que tenía un sólido conocimiento previo de todas las fuentes de información, pudo ser una capacitado Jefe, al que no "le pasaron gatos por liebres".

Ercilla opina que es necesario tener un dominio de la gente y de los problemas para ser un jefe eficaz.

Hay que saber muy bien quien es quien. Sólo de esa manera no sucederá lo que le aconteció a un improvisado jefe de Crónica en "El Mercurio" cuando murió Manuel J. Ortiz, Ministro de Corte, que le ordenó a un reportero que redactara un párrafo. Este pidió la biografía al archivo y al día siguiente el muerto era Manuel J. Ortiz, profesor, escritor (autor de "Cartas de la Aldea") que había sido director de "Las Últimas Noticias".

Pocas personas en el ejercicio de la profesión pueden permanecer en ella 30 años y mostrar una labor activa durante todo ese tiempo.

Hugo Ercilla lo hizo, y mientras tanto sabía ser un hombre

cabal.

Había formado su hogar con Esther Cifuentes y dos hijas que alegraban las horas que le dejaba libre su ocupación. Cinco nietos aumentaron luego su familia.

Su "hobby" principal fué y sigue siendo el de la fotografía. Con su "Rolleyflex" ha tomado escenas de interés periodístico o decorativo que lo enorgullecen. Muchas de ellas han sido publicadas ilustrando sus propias crónicas.

La numismática también lo atrae. Posee una interesante colección de medallas antiguas conmemorativas.

Ha efectuado excavaciones de tipo arqueológico en Guayaacán, Huanaqueros y en un cementerio indígena de María Pinto.

Todas sus aficiones se reflejaban en su labor como periodista. Su archivo personal contiene datos sobre las materias más heterogéneas, sobre los cuales echa mano cuando debe escribir, sea cual sea el tema, lo que permite que sus crónicas sean, además de amenas, sumamente bien documentadas.

Hace 11 años, Ercilla abandonó el periodismo activo, jubilando en el puesto de jefe de Informaciones, pero no ha dejado de colaborar con relativa asiduidad, especialmente en "El Mercurio".

Se destaca su serie "La Magia del Paisaje", que son poéticas notas sobre la naturaleza.

Actualmente Ercilla se desempeña en la Oficina de Prensa de los Ferrocarriles del Estado, institución para la cual redactó en 1947 el "Guía del Veraneante".

Una de sus últimas tareas ha sido la preparación del "Guía

correspondiente a 1961:

También aparecen escritos suyos en la Revista "En Viaje" que edita la misma empresa.

EL ESCRITOR

Hugo Ercilla Olea no es sólo el periodista que conoce a la perfección su oficio por haber tenido esa afición latente desde su adolescencia.

Es también un escritor. No sólo ha informado a los lectores de "El Mercurio". No sólo ha orientado la opinión.

Les ha dado, en innumerables crónicas las más poéticas visiones de los paisajes naturales de nuestro país y de sus posesiones insulares.

Ha publicado gran cantidad de artículos comentando sucesos de actualidad.

Ha escrito "Vuelo Austral", volumen en que resume impresiones de vuelos aéreos sobre nuestro territorio.

El hecho de preparar dos ediciones de la "Guía del Veraneante" para los Ferrocarriles, lo sitúa en un lugar preponderante entre quienes están capacitados para realizar una labor de esa magnitud, que requiere un profundo conocimiento de toda la información que se desea dar a los turistas nacionales y extranjeros.

Pero "Ercilla" no ha escrito sólo para "El Mercurio" y para el "Heraldo de Ñuñoa". También ha colaborado en "Las Últimas Noticias" como ya se ha dicho, "El Ateneo", "Chile Aéreo", "Magazine Aéreo", "Zig' Zag", "En Viaje", "A Noite" (de Brasil, como corresponsal) "La Nación" (de Buenos Aires, como corresponsal).

Sus artículos se han publicado en otros diarios chilenos de provincia, como "La Prensa" de Osorno, "La Mañana" de Talca, "La Discusión" de Chillán, etc.

Ercilla ha escrito también otros libros que aún no han sido editados. Entre ellos se destaca uno dedicado al periodismo, en que define, a través de su experiencia, las principales facetas de lo que significa la profesión, además de explicar como se efectúa el trabajo en un diario.

A no dudar, este texto será un interesante trabajo que aportará útiles ideas a otros profesionales, como también, y en forma muy especial, a los estudiantes de periodismo.

OPINIONES AUTORIZADAS SOBRE "VUELO AUSTRAL"

Sobre el libro editado por la Editorial Universitaria, titulado "Vuelo Austral", de Hugo Ercilla Olea, "El Diario Ilustrado" dijo el 26 de Abril de 1953, en una crónica firmada por Carlos Reina Correa:

"Mientras viajábamos sobre la ruta pavimentada de la zona central, con un panorama enmarcado en lejanas alamedas amarillas, el periodista Hugo Ercilla nos relataba desde las páginas de su libro un viaje aéreo, sobre " nuestra larga y angosta faja de tierra".

Difícil tarea, sin duda, realizar una obra de esta índole. Se ha escrito bastante sobre la tierra chilena y no son escasos los buenos escritores que han delineado bellísimos perfiles de nuestro territorio.

Pero he aquí que el libro de Hugo Ercilla Olea se apoderó de nuestra imaginación, y nos comunicó toda la verdad de la síntesis panorámica que el autor captó mientras su nave aérea seguía la ruta.

de las nubes.

Son méritos principales de este "Vuelo Austral" la naturalidad con que el periodista narra lo que miran sus ojos, y cierta belleza recóndita que fluye de imágenes y comentarios.

Desde las áridas tierras del norte, hasta los hielos de la Antártica, se extiende la mirada de nuestro autor; presiden su comentario Los Andes y el Pacífico..."

Sin duda que quienes les ha tocado en suerte recorrer las páginas de este libro, se han extasiado con su lectura, por la representación poética que su autor dió a cada paisaje descrito.

Dice Ercilla en algunos párrafos de su bella obra:

"Este sendero en-que la montaña y mar, este país cuyos cabellos ensortija el,aire tibio del desierto norteño, y cuyos pies aprisionan los Mielos, donde hay flores que se abren al abrigo de las rdcas como al borde mismo de los azúles glaciares sólo puede apreciarse en toda su seductora belleza y soberbio colorido, enfocándolo desde el aire"

La obra está saturada de expresiones felices: "Frente a Talca, un grupo de volcanes tiñe constantemente de rojo, el terciopelo de la noche.".. "Allá está el típico Descabezado, que en uno de sus frecuentes espasmos, proyectó a los cielos, hecho cenizas y escorias, parte de su cráter. Junto a el, en época cercana, surgió el cerro Azul, una nueva chimenea de la tierra."

..."Recuerdo, ahora, como una visión de guerra, el espectáculo apocalíptico que presenciamos al volar en esa zona vol-

cánica. Nos internamos en un mundo obscuro, invadido de negros vapores, donde flotaban a instantes, como inensos velos amarillentos, llevados al azar, por invisibles corrientes..."

La obra de Ercilla, es un valioso trabajo que enriquece la bibliografía geográfica de Chile. Ayuda a un mejor conocimiento de nuestra patria, y es una obra, además, de valor literario.

HUGO ERCILLA, EL CRONISTA

Además de la labor netamente informativa que Hugo Ercilla ejerció en "El Mercurio", en forma anónima, posee gran cantidad de trabajos de índole narrativa o comentarios sobre diversos temas.

A continuación, una selección antológica de estos artículos, extractados de una gran cantidad de ellos que el periodista conserva en sus archivos.

ooo000ooo

En su edición dominical, "El Mercurio" del 27 de Enero de 1957, publicó el artículo de Ercilla titulado:

"MONTE GRANDE, LA TIERRA DE LA MISTRAL", que fué seleccionado para ser incluido en el libro de lectura para tercer año humanidades "Mi Amigo", del profesor Vilches A cuña (Roberto).

La crónica dice:

"Monte Grande, El paisaje es recio y dulce a la vez. Lo coronan altivos cerros de pétreo consistencia que levantan sus testas adustas, estriadas por los siglos, ensenoreándose sobre el risueño y breve valle en cuyo fondo corre rumoroso el Elqui entre verdes y tunidas frondas. Aquí, en medio de este paisaje severo, de esta brecha entre montañas, donde en las tardes sopla fuerte el tibio terrenal, embalsamando el aire con olor a mieles, azafranes y yerbamota transcurrió la infancia de Gabriela Mistral, nacida por azar en Viña del Mar, a donde se trasladaron sus padres desde el vecino pueblo de La Unión la víspera del 6 de abril de 1889.

Cuando hace un cuarto de siglo, mucho antes del Premio Nobel, hubo una polémica acerca del sitio del nacimiento de aquella taciturna campesina de Elqui, que se llamó Lucila Godoy Alcayaga, ella dijo: "La verdad es que yo miro como mi tierra de origen la aldea

anterior a La Unión, donde pasé mi infancia de los 3 a los 9 años, y que se llama Monte Grande. Yo creo que el país de la infancia es el verdadero país de origen".

¡Que hondos surcos trazó el majestuoso paisaje de Monte Grande en la vida de la Mistral, con que el mágico buril perfiló su estampa terrena, imprimiéndole razgos inconfundibles y, a la vez, que imperecederos sentimientos plasmó en su alma de niña, como despertó en ella anhelos de grandeza, de plenitud y a la vez de humildad!

Contemplando ahora, en este ardiente verano esos montes, cerros y la granítica mole de Monte Grande, erguido a la vera misma del valle en cuya verde hondonada se agrupan como a la sombra del coloso las viejas casomas, imagina el viajero con que asombrados ojos contemplaría la soñadora niña de Elquí la azul montaña que encendía de rojo en los lujuriantes ocasos y, como en sueños la contemplo vagando por la húmeda y perfumada vega donde maduran tempranas las uvas y amarillean los sabrosos nisperos. Allí en ese paisaje de égléga, entre fragantes flores y cabras montaraces, creció la pequeña Lucila. La montaña le dió su reciedumbre y el valle su dulzura, y el parloteo de los niños en la escuela de su hermana Emelina, le despertó sus ansias de saber, de llegar a ser maestra y hacer versos como su padre allí donde "Un nimbo de esplendor corona el monte y se baña en luz la aldea aletargada".

Después la niña taciturna y solitaria, la maestrilla rural de 15 años, descendió por el valle a la aldea mayor, al pueblo y la ciudad, y fué grande en la enseñanza y de inalcanzable vuelo en su lirismo.

De sus tierras del Norte fué derramando su saber hasta la lejana Punta Arenas, donde "la tierra no tiene primaveras, y en la llanura blanca de horizonte infinito miró morir inmensos ocasos dolorosos".

Su verbo encendido, la noble jerarquía de su magisterio, la llevó a Méjico, donde por años derramó su saber, y después a Cuba, Puerto Rico y Estados Unidos. Peregrinó por las Universidades de España, Francia e Italia, transmitiendo sus líricos mensajes; sintió "toda la embriaguez del viaje" y abandonando momentáneamente su estro, se forjó periodista, escribió correspondencia para "El Mercurio" y trazó admirables biografías de escritores y pensadores, cuya amistad cultivó.

¿A que seguir la luminosa trayectoria de esta mujer cumbre, de la maestra rural de Elqui, que sentó cátedra en las universidades de Estados Unidos; de la tímida colaboradora de "El Coquimbo" de La Serena, que obtuvo el premio Nobel de literatura?

Se ha apagado su voz, su voz clara, entera, casi varonil. Se fué sin una queja, imperturbable, dibujando en su rostro ese mismo rictus que ocultaba sus sonrisas interiores. Se extinguió el "nido de esplendor que coronaba el monte", pero mañana y siempre como en la cima del coloso de Monte Grande volverá a lucir la aurora.

"Con mis ojos busco ahora en los rostros el dolor de las entrañas para que los demás miren y comprendan la causa de mi mejilla empalidecida".

El Domingo 17 de Marzo de 1957 , "El Mercurio" de Santiago, y "La Prensa" de Osorno, publicaron, simultáneamente, un artículo titulado "Bajo el verdor, en el sur en llamas", firmado por Hugo Ercilla Olea, a propósito de erupciones volcánicas.

El artículo reza:

"No todo es visión dantesca en este sur en llamas donde torrentes de lava descendieron lentos y sigilosos, como pardos reptiles desde el cono en ascuas para incendiar los rastrojos de las sementeras, los tupidos quilantales y las quebradas cubiertas de helechos y musgos. Siempre hay verdor y tierras húmedas en estos campos sureños a pesar de la fina capa de parda ceniza que se extiende como un palo sobre los valles o de las humaredas que a manera de vaho o suaves muselinas ponen su nota azulada aquí y allá a flor de tierra. Sobre estas colinas cruzó presuroso el fuego quemando, apenas, la hispida maraña, más no los bosques porques furiosas rachas lo aventaron, o bien, un pasajero aguacero lo apagó, dejando tan sólo rescoldos.

En Puyehue, a esa hora en que se enciende el ocaso, ardieron también. como por artes malignas las tejuelas de alerce, del soberbio edificio de Las Termas, y las llamas cual sedientos reptiles se deslizaron por los finos artesomados de roble, y descendieron por los ricos entrepaños de mañío, como en busca de las secretas linfas.

El fuego destruyó joyas de la sbanistería, pero, como a un soplo divino, se detuvo ante las obras de mampostería, hechas de azul y rica piedra y quedó en pié, intacta, la colosal estructura de granito.

Junto a las termas triunfa la magia esplendente de los verdes. La selva, desde las márgenes mismas del lago azul, que festonean co

mo con fino empuje blancas espumas y rojas fucias, trepa audaz por las colinas coronadas con simétricas formaciones de robles gigantes, de enhiestas lomas, donde se solazan los choroyes devorando los negros frutos en medio de loca algarabía; de los frondosos muermos, de albas y perfumadas flores o de los antiguos coigues de brazos deformes, alargados como víboras que lucen en xaxax entre su verdor barbas de monte y todas suerte de amarillentos líquenes.

Camino a las cumbres andinas, en medio del bosque, por un lecho de brillantes guijarros, desciende impetuoso el Golgol, dando brinco entre peñas brillantes engolilladas de espuma. De trecho en trecho detiene su marcha en suaves meandros donde crecen los helechos arbóreos y se apiñañ los musgos y licopodios. Sus lípidas aguas, se matizan a instantes de vivos tonos, confundiendo en ese claro espejo en una orgía de colores, el azul intenso de los cielos australes, las infinitas gradaciones del verde de la selva, el blanco inmaculado de los muermos en flor, y la mancha roja y centelleante de los copihues.

Río disparejo, de salvaje y bravia belleza este Golgol, distinto hermano de aquel otro plácido cauce de aguas del Cóntaco, que se escurre oculto allá en la Cordillera de la Costa, que avanza temeroso en medio de los impresionantes cementerios, de los alerces calcinados y que poco a poco se va adentrando en el lujurioso paisaje del litoral.

Junto al río, alejándose a ratos, serpentea la carretera abierta en medio de la espesura virgen y cruza bajo la obscura bóveda que entretejen con sus ramas los jóvenes hualles, a la sombra paternas de los pellines, de los activos "coyankimamel", como llaman los indígenas a los robles centenarios. Y allí se estiran también en ansias de altura, los avellanos con sus blancas flores y sus ro

jos frutos como esferas; las lumas, de pulimentados troncos; los temius, de finas hojas lanceoladas; luce su brillante ropaje gris en canelo, árbol sagrado de nuestros aborígenes, y asoman sus cogellos, ebrios de sol, los motros y los pelus.

En medio de la húmeda fragante y rumorosa selva poblada de mil insectos invisibles, bandadas de chillones loros, ponen su nota estridente; cercano a veces, se escucha el afanoso trabajar del pájaro carpintero y, de repente, sorprende el agudo canto del chucac.

Abajo, el apacible Cortaco' de glaucas y obscuras aguas brin-da en su acuático cementerio de troncos, amplio estadio para sus acrobáticas correrías a los asustadizos coipos de erizada pelambre; también, junto con otras alimañas, disfrutan de cómodo escenario en las frondosas márgenes del río donde el espinudo chupón ofrece el dulce néctar de sus bayas.

Allá al fondo, en medio del telón vegetal que forman las tre-padoras, de los matorrales de quilantales, de los bejucos de rojas flores como el chaquihue o coiepio, en medio del imperio de las colosales hojas de pangue, y de la presencia escalofriante del latué, o "palo de los brujos", se muestra cual soberbio y esplendoroso abanico, la amplia obra de Pucatrihue, encerrada por estrecha península que remata en una ventana natural abierta en la roca viva.

La selva allí desciende hasta el océano: los bosques de olivillo se detienen junto a la playa misma, o bien corren los vecinos acantilados donde las roquedades pequeñas otrora morada de rubios caciques, son hoy pasajero refugio de pescadores indígenas.

Bajo el título genérico de "La Magia del Paisaje", Hugo Ercilla Olea ha publicado estos últimos años, en las ediciones dominicales de "El Mercurio", bellas imágenes de nuestra patria. A continuación, algunos ejemplos:

El 8 de Febrero de 1959 apareció el siguiente:

"El Multicolor y Agreste Mapocho".

"Bajo el andarivel a Los Bronces, allí en San Enrique de Las Condes, dos raudales cordilleranos, el San Francisco y el Arrayán, unen sus cristalinas aguas y hace ancho el Mapocho sobre un lecho de polícromos guijarros. Con cauto paso de montañés avanza hacia la ciudad sorteando improvisadas represas y hondonadas entre fabulosos nidales de microscópicas arenas. Apenas enfrenta el Manquehue, soslaya el San Cristobal y recibe el caudal del San Carlos, pierde su limpidez y entra a Santiago a paso rápido bajo las tupidas frondas de los sauces que arraigan en sus riberas, para luego deslizarse vertiginosamente por amurallado cauce. Ya en la ciudad se engalana con naturales encantos ajenos a la mano del hombre. En el pretil que divide el lecho de rojas y azules lajas, se alinean esbeltos los alamos y se achaparran los disgregados sauces llorones; alzan sus elásticas varillas culenes y mimbres y aquí y allá, solitarios arrayanes muestran sus blancas y fragantes umbelas. Aferrándose a los bloques de granito crecen lozanos los manchones de hierba del platero; la fragante hierba mota de azules flores y aromática mentaj, de trecho en trecho, las colas de zorros ponen sus blancas o amarillentas pinceladas matizando el conjunto.

Arriba, ascándose por los tajamares, inclinan curiosos sus ramas los frondosos plátanos orientales, y en la otra margen, donde la corriente forma suaves meandros y diminutas playas, las palomas

semejant gaviotas posadas en un litoral marino.

Por el pétreo canal, entre plantas y arbustos, se deslizan vertiginosas las aguas, límpidas y cristalinas cuando no las enturbia el caudal del San Carlos; rojas cuando el Colorado lame con furia las entrañas andinas; pajizas cuando el Yeso arrastra calizas y azufre.

Río multicolor y agreste, sediento cantarino o silencioso, el Mapocho pone en la ciudad su nota melancólica y emocional y se pierde su carga de fecundo légamo en los arrabales de Renca, camino del Maipo en su eterna marcha hacia el Océano."

En el "Mercurio" del 22 de Febrero de 1959 se publicó la crónica titulada "Santiago y su cambiante cordillera"

"Santiago, mirado en búsqueda de lo bello, poco atesora de magnífico, de aquello que otras ciudades con tradición, o sin historia, brindan con seductora gracia.

No vemos aquí la deslumbrante acuarela de Río de Janeiro, ni la soberbia floración de los parques y jardines bonaerenses, no hay coloniales motivos como en la virreinal y moderna Lima y lejama está su arquitectura de la audacia que ostenta la trepidante Nueva York, pero una suerte de reminiscencias, de aromas de otras ciudades, salen al paso como evocadores recuerdos. Soñadores artistas ven en el parque Forestal con su gellas Artes y los añosos castaños, una copia del cuadro donde se enmarca el Petit Palais de París; otros contemplan en el histórico Huelén, el Pincio de Roma. Río lo evocamos bajo la fragancia arbórea del Forestal o de la Quinta. Lima en la Plazuela del Corregidor y Nueva York en el aire denso de emanaciones de petróleo, en las suatuosas vitrinas y en el pasar de las elegantes por Ahumada.

El otro Santiago, el de la típica Alameda Sombreada por los olmos y las encinas gigantes, o el frondoso Parque Cousiño, ya desapareció. Lo aventaron las furias del mal gusto.

Pero esta ciudad donde no se detienen meros los cazadores de bellezas, donde Paul Morand sólo admiró el Club Hípico, tiene como eterno y cambiante atractivo el embrujo del maíz andino, grandioso y multiforme escenario pétreo, desde cuyas cumbres immaculadas bajo el prodigio de la luz, descienden violadas sombras en los amaneceres, se pueblan torreones y oquedades de fantasmagóricas figuras en la hora meridiana, se tiñen de rosa o brillan como ascuas en los mágicos atardeceres e se cubren de extrañas luminiscencias en las claras noches de verano cuando estalla, soberbia y atroz, la pirrotecnia celeste.

Avaricia sería pedirle más al Creador. Basta con los Andes magníficos que allí están erguidos como dices desde la alborada del mundo, derramando a raudales el tesoro de sus cristalinas aguas sobre el ubérrimo y fresco valle donde se asienta esta ciudad".

"El Mercurio" del 24 de Agosto de 1959 publicó el artículo "Malloca, la estación y el pueblo".

"Bajo unas añosas encinas, siempre hay un break que espera; es un coche antiguo, tirado por tres caballos que dormitan a la paz que el auriga, bajo la grata sombra, hasta que los despierta el son de una campana.

El jefe de estación, el obeso jefe de estación, o su escuálido ayudante, han cumplido su ritual tarea. Desde la vecina estación han anunciado la partida del tren y un toque de campana pone en actividad a todo el personal.

Corre el cambiador a su puesto, banderola en mano; apresta el bodeguero el despacho de la carga; se ponen en pie para escrutar la vía interminable los pasajeros que aguardan a los amigos que esperan.

ya ha despertado el auriga asegurándose de primeras que la huaca siga en su sitio.

pasa el convoy y sigue hacia Tunca, el apacible retiro cardenalicio. El destartado break endilga hacia Malloca que está allí cercano, oculto entre redondeados cerros. Pueblo antiguo con resabios coloniales y señoriales, sus casas lucen buenas fachadas y primosas rejas adornan sus ventanas. A través de la mampara de fierro, hecha como de finos encajes, se divisan los interiores. limpios, llenos de luz, y los patios soleados donde crecen lozanas las plantas.

En la plaza, una plaza de juguete, como para muñecas, se alzan airosas palmeras.

Enfrente del paseo está la blanca iglesia donde se venera a San Judas Tadeo. Año a año multitud de peregrinos concurren a su...

fiesta anual, la única que despierta de su letargo a la apacible Malloa, enmarcada entre opulentos viñedos y primorosas huertas campesinas.

Con ocasión del Terremoto de Chillán del año 1939, Hugo Ercilla cubrió las informaciones para su diario. A continuación, un artículo que refleja el estado en que quedó la ciudad después del sísmo:

"Chillán, la Perla de Nuble, es hoy una ciudad muerta"

Visión apocalíptica recibe el viajero al recorrer las ciudades devastadas por el terremoto. Desde Talca hasta Chillán, en auto, acompañando al Ministro del Interior.

(Correspondencia de nuestro enviado especial don Hugo Ercilla Olea)

"Chillán, -26.- Acabo de recorrer la zona devastada por el espantoso cataclismo de la noche del 24 del actual, sin precedentes en la historia de los grandes movimientos sísmicos que en pasados siglos o en épocas cercanas han causado enormes pérdidas de vidas y cuantiosos daños materiales a nuestro país.

Toda descripción quedará pálida ante la ~~realidad~~ realidad de los hechos; no hay memoria de un suceso semejante; jamás una tan vasta zona de nuestro territorio había sido teatro de algo igual. Grandes ciudades, pueblos florecientes, alegres aldeas, han sido barridas; tal es la más gráfica expresión, por la furia desatada de los elementos. No hubo en este trágico y patético instante de las 11,35 minutos de la noche del 24 de Enero, tiempo para ponerse a salvo. Hoy miles de miles de víctimas yacen todavía bajo los

escombros, mientras los incendios alumbran en las noches con sus enormes lenguas de fuego el cuadro apocalíptico que ofrecen Parral Chillán y otras ciudades.

Tras una lenta jornada en tren, llegamos a media tarde del 25 a la ciudad de Talca, la cual, gracias a las construcciones asísmicas levantadas después del año 1928 en que fué destruídas por un terremoto, no sufrió daños de gran consideración si se les compara con los de aquella oportunidad.

Más allá de Talca, pasado Linares, donde también hubo muertos y heridos, se ofrece patente, acongojadora, la visión del espantoso cataclismo.

Después de abandonar el tren presidencial en Linares, avanzamos en auto en dirección al sur, y tras de cruzar el bello puente sobre el Longaví la carretera nos muestra, cortando las paralelas de la huella, las grietas que se formaron en la tierra, al ser comprimida por la convulsión que tuvo en esta zona el globo terráqueo. Se abrió la tierra, se formaron en ella hondos surcos, formando como una miniatura de grandes quebradas cordilleranas. A lo largo de la ruta surge aquí y allá la visión de un rancho en ruinas, con su techo corrido o sus murallas derrumbadas.

Retiro, el primer conjunto de casas en la ruta que seguimos, nos da la primera visión de lo ocurrido aquella noche horrenda.

La iglesia del pueblo está desmochada, descabezada; saltó lejos la torre del campanario. Se derrumbó el cuartel de carabineros. Todo el caserío del pueblo cayó de bruces a la calle formando con sus escombros una verdadera barrera. También está allí, en ruinas, la fábrica de leche condensada "Miraflores", donde sucumbieron seis empleados.

No hay una habitación en pié; bajo los parrones se han armado los catres que lucen colchas blancas amarillas o azules. Más allá, sobre una tosca mesa están "velando" a una de las víctimas. Sólo la cubre una sábana, pues, no hay ataúd, porque las existencias se agotaron.

Mientras nuestro coche avanza, las gentes nos salen al paso. En sus miradas adivinamos la honda tragedia que han vivido y la curiosidad que las aguijonea por saber que ha ocurrido más al norte.

Llegamos luego a Parral. ¿Pero es esta la que conocimos bella ciudad de Parral, asiento de una gobernación, con más de 25 mil habitantes? La vía principal que se adentra en el pueblo brinda sólo una visión de ruinas; todas las viviendas han caído y las que se encuentran en pié, sólo mantienen su estabilidad por obra de no se sabe que, pues gondas grietas, dejan pasar luz a través de los gruesos muros de adobones.

Un amable cicerone nos dice: "Aquí murió una familia entera; allí en el convento de San Francisco hay dos hermanos sepultados bajo los escombros; ese caballero salvó a tres de sus hijitas descolgándolas desde un segundo piso amarradas cada una a una sábana. ¿Pero, como tuvo tiempo para hacer todo eso? preguntamos.

-Tembló tres minutos, ni más ni menos.

El centro de Parral es un panorama total de ruinas; no hay un casa de pié; los escombros cierran todas las avenidas; bajo la capa de tierra cuesta descubrir el pavimento. Los cables del alumbrado público, los telefónicos, del telégrafo, etc. están por los suelos.

Frente a la plaza, la iglesia principal del pueblo de vé des-

mochada, como la de petiro. Pero aquí la cosa es distinta. La iglesia principal era un alto edificio de cemento armado coronado por una gran torre de varias toneladas de peso. Esa torre cayó y obstruyó por completo la vía a Cauquenes.

200 muertos y más de 500 heridos son el balance trágico de Parral.

-¿Y Cauquenes?, preguntamos al ver cerrada la vía que conduce a esa ciudad.

-Allá está peor que aquí, nos dice un acaudalado vecino que acaba de llegar de esa zona. Cauquenes fué barrido por el terremoto. No quedó una casa en pie, principalmente en la parte alta. Todo es allá desolación y ruinas.

La vía férrea está destruída en varios tramos; tardará en restablecerse el servicio.

Pero aquí no termina todo. Forzoso es avanzar, mirar con el alma acongojada, rebotante de tristeza, lo que viene. El caos, la destrucción del esfuerzo de decenas y decenas de años, contemplar como bastó un instante, lo que tarda uno en sonreír, para que en ese mismo instante rebosaran de angustia miles de corazones, para que cientos y cientos de seres humanos se retorcieran, presa de la más espantosa agonía.

Anoche, ya cuando llegamos a San Carlos, acompañando al Ministro del Interior, señor Alfonso, que precediendo en su viaje al Excelentísimo señor Aguirre Cerda, ha venido anotando, paso a paso, de pueblo en pueblo, los daños causados por el terremoto, en medio de las sombras de la noche el foco de una linterna nos hizo alto en el camino. Un guardia civil, con una tarjeta en la cinta del sombrero nos detiene para preguntarnos el objeto de nuestro

viaje. El pueblo, ante la escasez de vigilancia policial, ha organizado una guardia cívica que coopera a las ordenes de los carabineros. San Carlos está totalmente en ruinas. No hay una casa en pie. La Gobernación, la Caja de Ahorros, las casas comerciales, todo está por los suelos. También la cárcel se derrumbó y allí murieron dos gendarmes y dos reos; diez de estos se fugaron y no han vuelto; y decimos esto porque también se derrumbó la cárcel de Parral y huyó toda la población penal, pero, pasado el pánico, diez de los condenados volvieron a encerrarse en sus celdas. En San Carlos las oficinas públicas funcionan en la Plaza, La Gobernación ocupa una mesa, dos bancos y tres sillas. Más allá, en dos sillas funciona el registro Civil, que lleva ya anotados 55 muertos.

Allí, en ese escenario de sombras, el Ministro del Interior conferencia con las autoridades locales. Hay en San Carlos una organización admirable. Los vecinos más caracterizados del pueblo de acuerdo con el gobernador, han tomado medidas que siempre se escapan ante tragedias semejantes. Se han requisado los viveres, los vehículos motorizados. A cada varón mayor de 18 años, se le ha confiado una misión. Hay brigadas de vigilancia y también una sanitaria que, en ausencia de un médico, está a cargo de un veterinario.

Una media luna roja, sanguinolenta se pone en el horizonte cuando dejamos San Carlos. Salimos del pueblo por los callejones sombríos llenos de muertos y de ruinas. Antes de partir se nos recomienda un cuidado extremo pues la carretera está llena de grietas. Se han corrido los terraplenes; el puente sobre el Nuble

de más de 400 metros de extensión, una obra de ingeniería que costó millones de pesos, está muy peligroso para el tránsito de vehículos. Pero, pese a todas esas advertencias que inclinarían a hacer desistir del viaje, es preciso avanzar, seguir la fila que acaba de pasar formada por camiones con toda clase de elementos sanitarios, camiones y también automóviles de arriendo o particulares que las autoridades requisaron para poder llevar oportuno auxilio a los damnificados.

Grietas, profundas grietas como tajos dados a la tierra cruzan el camino. El coche avanza cautelosamente por esa peligrosa senda.

Llegamos luego al puente del Ñuble donde, por precaución, descendemos del vehículo. Pasaremos a pié con el Ministro señor Alfonso.

Cerca de la medianoche llegamos a Chillán. Se nos han dicho horrores acerca de lo ocurrido en esa ciudad. Alguien nos había afirmado: "sólo quedan los árboles en pié" y creímos que exageraba, como igualmente cuando nos agregaba que había miles de muertos.

De noche entramos en Chillán, en medio de sombras y de ruinas. Los edificios de uno y otro costado de las calles, se han juntado y están amontonados sobre el pavimento, dejando apenas una estrecha huella para avanzar. Llevamos 10 minutos de camino internándonos en Chillán, por sus suburbios, y ~~xxxx~~ la visión de ruinas es siempre igual. Imaginamos que en el centro será distinto; los edificios han resistido más, pero, horror de los horrores, cuando al detenernos creyendo habernos extraviado preguntamos donde nos encontramos y se nos responde: "Esta es la plaza de Armas" quedamos estupefactos.

Pero, ¿Es posible? ¿Es esta Chillán, la Perla del Ñuble, la floreciente, la alegre ciudad que tantas veces recorrimos? ¿Donde están sus cincuenta y cinco mil habitantes, donde la juventud alegre y animosa que poblaba en la tarde las calles de la Libertad y Arauco?

No nos resignamos a creer que sea Chillán esta ciudad muerta, este montón informe de ruinas desparramadas desordenadamente. No es esta la visión de una ciudad bombardeada, no es esto lo que hemos visto que ocurre en Barcelona y en Shanghai cuando los cañones vomitan toneladas de plomo. Esto es inenarrable. Ruinas, ruinas. Una ciudad muerta; parecen ser los restos de algo habitado por los hombres, que existió en otro planeta y que cayó a la tierra envuelta en lenguas de fuego; allí, para confirmarnoslo, es un cuadro dantesco de las hegueras, que bañan, de sangrientos resplandores los edificios caídos, mientras un fuerte ventarrón, hace volar las planchas de zinc y reparte por aquí y por allá los tizones encendidos, dando margen a nuevos focos de incendio.

En un club social, setenta personas estaban reunidas y todas permanecen allí, pero son cadáveres. Hay algo más escalofriante: ya saben los lectores lo ocurrido en el teatro Municipal: se derrumbó, se sentó; diríame y aplastó a las de 300 asistentes: ni un sólo cuerpo ha sido rescatado. Se tardarán días en remover esas toneladas de ladrillos de cemento y de fierros. Es extraña la visión que produce Chillán al recorrerlo; no es algo trágico, nada hay que horrorice, no se ve un cadáver.

Hoy, recorriéndolo, nos detuvimos frente a lo que fué un edificio. La muralla del frontis cayó sin destruirse, hacia la calle y quedó sobre la acera y parte de la calzada como si fuera

una gruesa losa de cemento; más atrás, confusión de maderas, de adobes, patas de catres, lámparas, etc.

-Cuántos habrá sepultados aquí, decimos a un compañero.

A la nuestra, una voz de mujer, como salida de ultratumba responde la pregunta. "Nadie señor. Somos 8 y estamos todos en el patio".

-¿Y como escaparon?

-Andabamos en la estación, donde habíamos ido a esperar a nuestro padre. De regreso, nos pilló el terremoto en la calle Libertad.

Era horrible aquello. No nos podíamos mantener en pie y rodábamos por el suelo; la tierra era una tembladera.

Los que se han salvado, lo deben a circunstancias semejantes, pero lo que ocurrió en Chillán, no había sucedido jamás. Un pueblo entero sucumbió a puertas cerradas.

¿Cuántas son las víctimas?

Se asegura que pasan de diez mil y no hay pocos que afirman que son más de 15 mil; y todas permanecen todavía bajo los escombros, quizá por cuanto tiempo más. Larga y fatigosa tarea de varias semanas será la de remover todo lo que cayó, buscar los cuerpos de los centenares y centenares de desaparecidos.

Un problema inquietante se cierne por esta causa para la población que queda en pie. Mañana y pasado será el hedor de tanto cuerpo humano y después vendrán las infecciones tanto más graves en una ciudad hoy falta de agua y donde se han cegado los canales del alcantarillado en varios sectores.

Una ciudad muerta es en realidad, Chillán. Pero volvemos a preguntarnos, ¿dónde están sus 55 mil habitantes, donde se encuentran los que huyeron del cataclismo y lograron ponerse a salvo? ¿En la Plaza, como en otras ciudades durmiendo a la intemperie, cubiertos apen

por una frazada, guareciéndose detrás de muebles que saltaron desde un segundo piso? No.

La Plaza está casi desierta; son escasos los grupos que la pueblan. Vemos uno que otro herido, se escuchan ayes, llantos de niños, silbidos, y de tarde en tarde el estampido de un arma de fuego.

Ni una viuda llora, ni un amante esposo busca a su desaparecida compañera; no andan niños huérfanos en busca de su padre.

Inquirimos el porqué de este misterio tan apasionante como en aquel episodio de "Beau Geste" cuando en las trónceras, los que parecían soldados eran sólo cadáveres, y se nos res onde que están allí, entre los escombros. Familias enteras hay sepultadas. El movimiento fué tan brusco, tan intenso que no hubo tiempo de ponerse a salvo: el terremoto todo lo borró en un instante. No hay ninguna escena patética que registrar, ningun razgo de audacia. Todo ocurrió como en las visiones del Apocalipsis.

Per ese anoche, euando los incendios ponían su nota roja sobre el negro montón de las ruinas, más de alguien alentaba el secreto deseo no de un pirómano, sino de una persona juiciosa de que el fuego cundiera para reducirlo todo a cenizas; ya que muy poco será provechable en esta ciudad, donde sólo unos 20 edificios modernos, sólidos, bien construídos, han quedado en pié sin que nadie eso si se atreva a habitarlos ante el temor de otro cataclismo. Ese temor que se agiganta cuando de noche, quienes duermen a la intemperie cara al cielo, ven las estrellas fugaces rayar de blanco el pizarrón del firmamento".

JUICIO CRITICO.-

Después de haber revisado en detalle la vida y obra de un hombre de nota, reconocido entre todos los cultores del periodismo, no es fácil hacer de él una crítica que pudiera semejarse a lo que otros podrían decir sobre el mismo.

Para quien esto escribe, Hugo Ercilla Olea es el prototipo del periodista que comenzó haciendo un periodismo propio ("El Heraldo de Ñuñoa"), porque sentía una inclinación casi innata a esta actividad, y un amor especial por lo que fuera tinta, papel, letras de molde, reportajes, entrevistas, viajes.

Y esta inclinación lo llevó a escalar posiciones cada vez más elevadas en nuestro medio hasta llegar a Jefe de Informaciones del principal diario chileno, mérito que muy pocos pueden ostentar.

Su estilo, ya lo hemos dicho, narrativo descriptivo y poético por excelencia es bastante escaso en nuestras publicaciones diarias.

Poético, incluso cuando nos muestra hechos trágicos como el terremoto de Chillán. uno de cuyos artículos ha sido incluido en esta antología. "...unos veinte edificios modernos, sólidos, bien contruidos han quedado en pie sin que nadie, eso sí, se atreva a habitarlos ante el temor de otro cataclismo. Ese temor que se agiganta cuando de noche quienes duermen a la intemperie, cara al cielo, ven a las estrellas fugaces rayar de blanco el pizarrón del firmamento..."

Admira en su estilo el uso de expresiones muy usadas para dar a entender estados de ánimo optimistas y que Ercilla ha colocado en medio de este mismo artículo sobre Chillán:

"... pero aquí no termina todo. Forzoso es avanzar, mirar con el alma acongojada, rebotante de tristeza, lo que viene. El caos, la destrucción des esfuerzo de decenas y decenas de años, contemplar como bastó un instante, lo que tarda uno en sonreír, para que en ese mismo instante, rebotaran de angustia miles de corazones, para que cientos y cientos de seres humanos se retorciaran presa de la más espantosa agonía."

Y este estilo de Ercilla no es un estilo rebuscado. Es un estilo espontáneo y rápido, ya que sus crónicas fueron escritas como todas las que deben hacerse para los diarios, empujadas por los implacables punteros del reloj. (Ercilla viajaba todos los días a Chillán y regresaba en la tarde a redactar sus informaciones).

Su afición a viajar, le ha hecho creador de su serie "La magia del paisaje" y lo ha convertido en autor de su libro "Vuelo Austral".

Hugo Ercilla, con esto, ha cumplido la misión de un nombre en el verdadero amplio sentido de la palabra: Durante 30 años orientó e informó a la opinión pública. En ese lapso casó y tuvo descendencia. Escribió para la historia ("el periodismo es la historia del hoy") y dejó por lo menos un libro impreso, misiones todas que hacen al individuo un personaje permanente, cuya vida una vez extinguida, seguirá en el recuerdo de los que vengan después.

Ya retirado de la vida periodística activa, continúa, sin embargo en la brecha. Su función profesional la efectúa en la Secretaría de prensa de la Oficina Central de los Ferrocarriles del Estado en Santiago, y desde ese cargo, su experiencia sigue irradiándose al exterior, ya sea por sus periódicas publicaciones en el "Decano" de

la prensa santiaguina, como en la revista "En Viaje" y en el "Guía del Veraneante" publicación anual que edita esa repartición del Estado, que constituye la mejor obra literaria para quien desea aprender la geografía viva de nuestra patria. Es un elemento indispensable para el viajero y especialmente para el turista.

Para Hugo Ercilla Olea, que conoce de punta a punta nuestro territorio, incluso sus posesiones insulares y la Antártica, ha sido, sin duda, fácil dar un toque personal a la obra que en breve saldrá a la circulación.

- - - - -

ALFONSO REYES MESSA

ALFONSO REYES MESSA es una figura brillante en el periodismo nacional. Ya sea por su actividad en radios o diarios, su nombre es familiar a los oídos de los chilenos, especialmente de los santiaguinos.

Su aspecto físico, un tanto frágil, sumamente adicto al estimulante café, no parece esconder la mentalidad de quien tuvo, durante largos años tribuna en los órganos noticiosos que guiaron la opinión pública.

Confiesa haber sido un niño precoz, que nació el 15 de noviembre de 1909, en Putú, pequeño pueblo minero ubicado a 5 leguas del río Maule.

Sus padres, Santiago Reyes Alcántara y Josefina Messa Aragón habían tenido ya 10 hijos cuando nació Alfonso. Fue en una casa bulliciosa donde pasó sus primeros años, casi siempre sometido a la voluntad de sus hermanos, contra la que se revelaba, formando así, firmemente su carácter.

A los cuatro años, mucho antes de lo que suelen hacerlo los otros niños, ya se entretenía leyendo los folletines que entonces publicaba "El Mercurio", y que llenaban su imaginación infantil, haciéndolo soñar con grandes realizaciones, e importantes eventos, en los que él tendría que tomar parte destacada.

Era un niño precoz, lo que ahora considera desventajoso para la juventud, porque terminan estos individuos siendo adolescentes desorientados.

Cuando el pequeño Alfonso tenía sólo 5 años, la familia se trasladó a Quivolgo, caserío que forma parte de la hacienda del

mismo nombre en la ribera norte del río Maule, donde su contextura moral e intelectual fué a adquirir una fisonomía definida, gracias a los rigores que a una temprana edad fué experimentando.

Cursó las preparatorias y hasta el tercer año de humanidades en el Liceo de Constitución.

Para asistir a las clases, debía atravesar cuatro veces al día el río que en la desembocadura tiene más de un kilómetro de ancho. Lo hacía remando un bote de tres metros que le había comprado su padre.

Muchas veces se vió en duros aprietos para gobernar la embarcación que se veía amenazada por el oleaje o los vientos .

Quando las corrientes de aire eran propicias, le colocaba una vela "de cuchillo", y el esquife se deslizaba raudo sobre las aguas.

Esta vida un tanto dura para el niño común, fué para Alfonso Reyes el mejor tónico, que agrandó su voluntad, y lo habilitó para realizar muchas tareas que ahora constituyen para él, interesantes aficiones.

A los trece años, ya egresado del Liceo de Constitución, en el cual no pudo continuar sus estudios, porque contaba sólo con el primer ciclo de los cursos secundarios, obtuvo por sus merecimientos personales de los que había hecho gala, una beca para el internado del Liceo de Talca.

Entró al 4º año de humanidades, realizando brillantísimos estudios. La literatura le atraía. Ya no eran los folletines de "El Mercurio" lo que devoraba ávidamente, sino que su espíritu

se enriquecía con los pensamientos filosóficos de las diversas escuelas y tendencias que han existido en nuestro mundo.

El arte en sus diferentes manifestaciones, especialmente la pintura, le interesó.

A los 15 años recibió el grado de bachiller. Su admiración por Anatole France lo hizo ingresar al Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile, donde comenzó sus estudios en la asignatura de francés, que no terminó, porque su carácter inquieto no estaba hecho para pasar la vida dictando clases.

Su carrera literaria, que comenzó junto con la adolescencia, corrió a la par con la periodística.

Los periódicos "El Deber" y "El Maule" de Constitución recibieron las colaboraciones del niño Alfonso.

Muchos artículos y ensayos sobre temas literarios dieron realce a las páginas de "La Mañana" de Talca, cuando residía en esa ciudad, pero no estaba definida todavía su verdadera vocación cuando recibió de ese diario su primer sueldo. El acontecimiento lo llenó de alegrías y esperanzas.

Al poco tiempo el tímido provinciano tentó la conquista de la capital y la revista Zig Zag, que era dirigida por Sady Zañartu, le abrió las puertas.

Su primera crónica le dió un producto de \$ 40, y "El Mercurio" le publicó su primer cuento, pagándole \$ 100 de los de 1926.

Al año siguiente, el incipiente periodista comenzó a escribir en el diario "Los Tiempos", bajo la hábil dirección de

Anibal Jara. Escribía diariamente en la página de redacción, para la cual creó una columna que se titulaba "Hilachas", que consistía en una serie de micro comentarios de 5 a 8 líneas cada uno, al estilo de las greguerías de Gómez de la Serna, pero incisivos y basados en noticias de la actualidad nacional y extranjera.

Trabajó en esa forma durante 6 meses, sin decidirse todavía sobre cual sería su definitiva actividad futura.

El que había sido un niño que desde su más tierna infancia fué admirado por los grandes y envidiado por sus hermanos y amigos, llegó por fin al punto en que el ser humano debe definirse. Y Alfonso Reyes se sentía desconcertado.

Volvió a su tierra natal, y en Constitución obtuvo un empleo en la Aduana.

Dos días trabajó Alfonso Reyes en ese cargo. Su espíritu desorientado pero inquieto no le permitió dedicarse a escribir a máquina durante 8 horas al día en una oficina insalubre.

Volvió a Santiago, y reencontró el verdadero cauce de su existencia.

A los 21 años, recién alcanzada su mayoría de edad legal, supo lo que le aguardaba el futuro.

Ingresó nuevamente a "Los Tiempos" ahora bajo la dirección de Ramón Lartundo.

En lugar de las "Hilachas" comenzó a escribir crónicas periodísticas de interés humano, ilustradas a veces con fotografías o dibujos de Coke, Hielén, Fantasio, Zayde, etc., nombres que formaban el cuerpo de dibujantes de "La Nación" y Los Tiempos".

En esos años se daba gran importancia a la ilustración de las crónicas, y Reyes Messa supo encontrar entre sus compañeros de trabajo a verdaderos amigos que colaboraban mano a mano en el éxito de un reportaje.

A poco tiempo, y por petición de Lartundo, ingresó a la planta del personal del diario para continuar escribiendo crónicas especiales de tipo magazinesco, ya que "Los Tiempos" era un diario que salía a la circulación a mediodía, cuando el causal noticioso no siempre es importante.

"Los Tiempos" publicaba mucha información deportiva y policial, y lo que podría llamarse el "Entretelón" de la noticia, es decir, sus causas, derivaciones y consecuencias.

El inmediato parentesco que existía entre "Los Tiempos" y "La Nación", determinó que colaborara también con este periódico.

Cuando se produjo un asesinato espectacular de un chofer de apellido Moreno, que sacudió a la opinión pública, Alfonso Reyes se interesó en la crónica policial, y tomó a su cargo esta tarea.

La tirada del diario subió hasta batir el record de 132 mil ejemplares en un día, cuando la policía detuvo al asesino.

La costumbre general del periodista era trabajar codo a codo con la policía en los hechos delictuales, el uno para informar y el otro para aplicar la ley, efectuando sus propias averiguaciones y sacando sus propias conclusiones.

Los crímenes eran menos frecuentes entonces. No existían "cogoteros" y habían pocos asaltos. Por eso la muerte del chofer

Moreno, apasionó al público, que seguía detalle a detalle, el curso de las pesquisas.

Habían pocos choferes porque eran escasos los automóviles, y la muerte misteriosa de un chofer fué entonces tan rara, como interesante resultó para el mundo el lanzamiento del primer satélite artificial.

El cadáver del chofer apareció en el Canal San Carlos y su taxi en la calle Eucaliptus (Actual Emilio Vaisse).

La policía y los periodistas estuvieron 14 días sin saber absolutamente nada del asesino. Los rumores en todos sentidos iban y venían. Algunos opinaban que se trataba de un crimen pasional, otros que era una venganza, etc., hasta que dos semanas después de ocurrido el hecho, una mujer llamó a la policía, avisándole que en su casa de Paine, se había refugiado Rudelindo Quinteros, muchachote sobrino suyo, responsable de la muerte de Moreno.

Reyes Mesa asistió a su captura y a su interrogatorio en Investigaciones, contando con la "vista gorda" de sus muchos amigos detectives.

Fué el único periodista que logró estar presente cuando el asesino confesó su delito. Los otros colegas, agolpados en la puerta del cuartel, no supieron como se habían desenvuelto los hechos, hasta que los leyeron en una edición especial, "La 2º de Los Tiempos", que salió a media tarde y que alcanzó el tiraje antes mencionado: 132 mil ejemplares.

En el periodismo policial, Alfonso Reyes se destacó por sus noticias exclusivas o "golpes".

En 1930, ocurrió en Santiago un crimen que tuvo gran resonancia.

cia. Un ciudadano asesinó a su amiga de un balazo y luego se suicidó.

El hombre apareció en el Canal San Carlos. El cadáver de la niña, Lidia Rojas; estuvo perdido varios días.

Se supuso que había sido arrojado al mismo canal, pero la búsqueda había resultado infructuosa, a pesar de que el canal fué secado en varias ocasiones para facilitar la tarea de los sbuesos policiales.

Reyes Mesa estaba una noche presenciando la función nocturna del Circo Berlín, cuando un conocido llegó a comunicarle que un cadáver había aparecido en la puerta de la fábrica de cerveza, entre Providencia y Costanera, a la altura de la Avenida Tobalaba, por donde pasan las aguas del canal San Carlos.

Era cerca de la medianoche¹ y corrió al lugar señalado antes de que llegara la policía; El cadáver no era de Lidia Rojas sino que de un desconocido. Lo registró furtivamente aprovechando la soledad, Pero lo importante es que se dió cuenta de que el agua, por la mayor afluencia nocturna, sobrepasaba unos 40 centímetros sobre la compuerta. Esto le hizo pensar que el cuerpo de la muchacha, al flotar pudo haber pasado por sobre la compuerta al río Mapocho.

Volvió al diario, llamó un fotógrafo, contrató un taxi y se fué a buscar a algún familiar de la muerta que vivía en la Avenida Matta.

Lo necesitaba para que reconociera el cadáver en caso de encontrarlo.

Recorrió el mapocho desde las compuertas de la fábrica de cerveza hacia arriba, con la intención de canalizarlo

Al amanecer descubrió que en el lugar en que los areneros extraían este material, se formaban remansos donde era muy posible que el cadáver se hubiera detenido.

Pagó a algunos trabajadores para que buscaran en esos lugares, y al poco rato, uno de ellos sacó el cuerpo de la mujer.

Para dejar constancia de que era un periodista de "Los Tiempos" quien había hecho el descubrimiento, se hizo tomar numerosas fotografías junto al cadáver, que luego ocultó con ramas de los arbustos vecinos.

Le fué fácil convencer a los areneros de que no dieran cuenta a la policía de lo que habían visto para evitarse citaciones al cuartel de Investigaciones y engorrosos interrogatorios.

Volvió al diario acompañado del pariente de la muerta y lo mantuvo allí hasta que escribió la crónica y la edición de "Los Tiempos" salió a la calle al mediodía.

Con grandes titulares se daba cuenta del hallazgo del cadáver de Lidia Rojas, y se agregaba que en esos momentos "Los Tiempos" lo entregaba a la Policía.

Fué un gran "golpe" periodístico, que agotó la edición. Por la tarde, Alfonso Reyes se fué a su casa a descansar y cuando a eso de las 19 horas volvió al diario, se encontró con un mensaje del director de "La Nación", Hugo Silva, para que fuera inmediatamente a su oficina.

Allí estaba el director, con el Presidente de la República Carlos Ibáñez, quien después de haber reprendido severamente al Director de Investigaciones, quiso conocer al periodista que se había anticipado a la policía.

Ibáñez le dijo textualmente a Silva: "Espero, Hugo, que

en la primera oportunidad le dé un puesto preponderante a este joven".

Alfonso Reyes recibió una gratificación, un aumento de sueldo y una semana de permiso.

Entusiasmado con ese género de periodismo, intervino cada vez que se producía un hecho policial que conmoviera a la opinión pública.

En este campo, sus crónicas sobre el anamita ~~Xan~~ Phan van Look, que envenenó con pasteles impregnados de estricnina a un jefe de la Casa de Moneda, el asesinato de uno de los dueños de la imprenta Molina Lackington y el fusilamiento de un sujeto de apellido Manríquez, ocurrido en Talca, le valieron, en diversas oportunidades, premios que la Asociación de Periodistas otorgaba anualmente.

Cabe destacar que el periodismo político no tenía en aquellos años ningún campo, ya que el país se encontraba bajo un gobierno dictatorial.

En 1931, la imprenta de "La Nación" fué cerrada circunstancialmente, y Alfonso Reyes ingresó a "Las Últimas Noticias" que dirigía Byron Gigoux, para volver, en breve, a "Los Tiempos" donde ocupó la subdirección.

Para probar que las pruebas ocasionales carecen de valor y que la sugestión puede obrar verdaderos milagros, un día Reyes Mesa resolvió hacer una demostración práctica.

Recorrió la calle San Ignacio, donde se encuentra el templo del mismo nombre, y a cada persona que encontraba, le contó la misma breve historia:

"Soy periodista de "Los Tiempos". Fíjese que al diario llegó

la noticia de que algunas noches venía el demonio y pintaba de rojo la torre de la iglesia.

-Usted sabe la historia. ¿No es cierto?".

Realizó este trabajo por varios días.

A la semana se encontró con una anciana y dos hombres de edad, habitantes del barrio, que aseguraron haber visto al diablo pintando de rojo la torre de la iglesia.

Publicó la correspondiente crónica, con la fotografía de los testigos.

Esto dió origen a reclamaciones del arzobispado, pero allí estaban los testigos que aseguraban haber visto el demonio en persona, pero no se explicaban por qué al día siguiente el templo amanecía sin pintura.

- "Seguramente es la mano del Señor la que la borra", decían

Alfonso Reyes quedó así sin culpa por la información que había publicado.

Alfonso Reyes Mesa, ha sido un periodista original, aún en sus excentricidades que se mencionarán más adelante.

No parece que su actual fisonomía, de aspecto serio, hubiera servido para realizar cosas bastante hilarantes.

"Los Tiempos" tuvo en él a un personaje casi legendario en las filas de nuestro periodismo.

De allí pasó a secretario de redacción de "La Nación", y tuvo a su cargo el suplemento literario dominical, en el que introdujo incontables modificaciones, dando más cabida a los cronistas y escritores nacionales, y reduciendo al mínimo el siste

ma de publicar artículos de diarios y revistas extranjeras.

Simultáneamente con su labor periodística en "La Nación", colaboró en revistas de Santiago y de otras ciudades de América, así como en diarios de la categoría de "La Prensa" de Buenos Aires, donde publicaba algunos cuentos y crónicas de interés general.

En 1939 dejó "La Nación" y formó parte del equipo organizador de la Dirección de Informaciones y Cultura, (DIC) Institución que creó el gobierno del Presidente Pedro Aguirre Cerda, con el cargo de Jefe de Informaciones.

En ningún momento dejó de colaborar en diarios y revistas, y al disolverse la DIC, en los comienzos del gobierno de Gabriel González Videla, pasó a la Dirección de Informaciones del Estado (DIE), dependiente directamente de la Presidencia de la República, a través de la Secretaría General de Gobierno, cuyo ministro titular era otro periodista: Darío Poblete.

En 1950 volvió al periodismo activo, como redactor de "La Hora", y en 1951, ocupó el cargo de director de ese rotativo.

En Septiembre de 1952, al ser elegido Presidente de la República Carlos Ibañez del Campo, renunció a la Dirección de Informaciones del Estado, e ingresó al diario "Las Noticias de Última Hora", cuyo director propietario era Carlos Becerra.

En ese órgano escribió Alfonso Reyes Messa, artículos editoriales, comentarios, etc, además de los micro comentarios conocidos en el campo periodístico como "Las píldoras del doctor Messa", que se caracterizaron por lo incisivo en el ataque político.

Realizó una tenaz campaña de oposición al gobierno, que ex

tendió hacia el campo radial en programas informativos como "Entretelones" (radio Nuevo Mundo) y "Comentarios políticos" (Radio Bulnes)

Esto le valió una querrela con el entonces Sub Secretario de Justicia, y fue declarado reo.

Después, sobreesido ~~xrimera~~ por la Corte de Apelaciones, debió su triunfo a la defensa que realizó el dirigente político y diputado Florencio Galleguillos.

En 1958, al asumir la presidencia de la República Jorge Alessandri, fué designado Jefe de Relaciones Públicas del Ministerio de Finanzas, y posterior y simultáneamente, de la Corporación de Fomento a la Producción.

Renunció a las actividades periodísticas activas o directivas que realizaba en "Las Noticias de Última Hora" y en la Radio Nuevo Mundo; no obstante su nombre ha seguido figurando en diarios y revistas.

"El periodismo es algo que se mete en la sangre-dice- y no hay manera de librarse de él hasta la muerte."

SU ACTUACION SOCIAL Y POLITICA

Como la mayoría de los jóvenes de su generación, tuvo inquietudes políticas de avanzada, y se mezcló en el grupo de fundadores del partido socialista, pero no realizó vida política activa. Los comunistas lo consideraron como uno de sus simpatizantes, a pesar de que mantenía su independencia basada en concepciones democráticas y especialmente individualistas.

Antes de 1938, y desde entonces en adelante, ha actuado junto al partido radical que representa la clase media chilena, a

la cual pertenece.

Como periodista político, trabajó en la revista "Qu'í Hubo" que editaba Marcos Chamudéz, y que dirigía Eudocio Ravinez.

El pacto germano-soviético enfrió sus simpatías, ya que había sido un activo antinazi.

Durante las luchas de las democracias contra el fascismo, fué presidente de la juventud antifascista de Chile, y director de la Juventud Antigüerrera.

Cuando se organizó la Asociación de Escritores, que presidió Roberto Aldunate, fué miembro del directorio de esa institución, y más tarde, al organizarse el Sindicato de Periodistas, fué elegido presidente de ese organismo gremial.

CARRERA LITERARIA

En 1938 formó, junto con cuatro escritores jóvenes (Alfredo Santana, Clemente Andrade, Raúl Lara y Benjamín Morgado), el grupo literario "Runrunista", que provocó una verdadera revolución en el ambiente intelectual de la juventud.

Este grupo tenía su sede en una oficina de la Casa Colonial de la calle Merced, y financiaba el arriendo de \$ 40 mensuales, haciendo los trabajos más diversos: desde la confección de planos para pozos sépticos hasta redactando discursos y cartas o poemas de amor, por encargo de personas interesadas.

Los "runrunistas" querían sobresalir por sus originalidades no solamente en lo que a escribir se refería, sino también por las cosas que hacían.

Alfonso Reyes Messa dió una conferencia en un ascensor, y

se batió a duelo con espadas de bambú en una terraza de un edificio céntrico, con un compañero del grupo por la paternidad de unos versos que habían jugado a los dados.

El grupo "runrunista" organizó la primera exposición literaria y plástica en el local de un cabaret (El Trocadero), recién inaugurado, al estilo parisiense.

Este grupo celebraba reuniones semanales en el salón del Consejo de "El Diario Ilustrado". Presidía las sesiones el socio que llegaba segundo, y permitía que concurrieran a ellas otros intelectuales de la misma generación, pero sin admitirlos en su grupo cerrado.

Byron Gigoux James, director de "Las Últimas Noticias", abrió al grupo las puertas del diario, y semanalmente publicaba dos páginas con comentarios literarios, artísticos, poemas, dibujos, etc.

En 1931, Reyes obtuvo un premio en un concurso de cuentos organizado por la revista Zig Zag, y dos años más tarde esa misma empresa le publicó una novela corta titulada la "Señorita de Gamuza". Previamente, con la colaboración de Alfredo Santan había dado a conocer "12 Poemas en un Sobre".

En 1935, la Editorial Ercilla publicó su novela "Mujeres Auténticas", que fue el libro más vendido de ese año, del cual se hicieron en unos pocos meses cuatro ediciones.

A pesar del éxito, Reyes Messa no quiso continuar en ese estilo frívolo.

Publicó decenas de cuentos en diarios como "La Nación", "El Mercurio", en revistas nacionales e internacionales. También fué seleccionado en un concurso de cuentos efectuado por "El Mercurio" de Valparaíso.

En 1939, publicó un volumen de narraciones titulado "Animal de Costumbres", y poco después un estudio breve sobre "El problema del analfabetismo en el campo".

Desde esa fecha sólo publicó en diarios y revistas hasta que en 1959 la Sociedad de Escritores organizó un concurso de novela corta, en cooperación con la Editorial Universitaria, y seleccionó su novela "Cuatro Largos Pasos", que fué editada formando parte de la colección "Alerce".

La crítica le ha otorgado los mejores elogios, y se han escrito más palabras sobre esta novela que las que el volumen contiene.

Actualmente da los toques finales a un nuevo libro titulado "En Torno al vacío".

Aparte de esto se ha dedicado al cultivo de la literatura policial, influenciado por el período en que fué reportero de esa rama de la actividad periodística, y ha publicado una cincuentena de cuentos de ese género. También ha escrito libretos policiales para radio, y está organizando, junto con un grupo de aficionados a esta clase de literatura, entre los que se cuentan profesores universitarios, parlamentarios, jueces, abogados, escritores, etc, el "Club del escarabajo de oro" (en re-

uerdo del célebre cuento de Edgard Allan Poe), a semejanza del "Crime Club", de Londres y de instituciones similares de otras ciudades de Europa y América que agrupan a distinguidas personalidades de la literatura, la política, la judicatura, etc.

Además de las actividades ya mencionadas, Alfonso Reyes es dibujante (ilustraba sus propias crónicas y cuentos), pintor de cuadros, que han tenido, según el mismo lo afirma, bastante éxito.

Durante algunas etapas de su actividad periodística, hizo crítica en "La Nación", "Los Tiempos" y "Ultima Hora".

Fué profesor de Historia del Arte en la Escuela de Bellas Artes hace 25 años.

También ha incursionado por el camino de la escultura y del tallado en madera.

En general de atrae la artesanía y sus "hobbies" son la carpintería, la fabricación de barcos en miniatura, y en general, todos los trabajos manuales.

ALFONSO REYES MESSA, EL CRONISTA

Con el seudónimo de "Demócrito, Reyes Messa escribió en el diario "La mercera", una serie de artículos, semblanzas de parlamentarios, con el título genérico de "Los Honrables en el Hemiciclo", que comenzó como sigue:

"Es curiosa la situación actual de nuestro Parlamento. Como en una pieza de teatro de un autor novel, se han trastocado los papeles que deben desempeñar la Cámara y el Senado. Por lo general suele ser la Cámara baja donde se lucen las espadas de los honorables, jóvenes, impetuosos, decididos, dispuestos a arrollar los viejos moldes. Y es natural que así sea. Un diputado se supone recién iniciado en los fragorosos campos de la política.

En cambio, en los sillones senatoriales deben arrellenarse quienes han visto ya limadas las aristas de la sensibilidad, y están dispuestos a contener con su parsimonia los arrebatos juveniles. Sin embargo, ocurre en nuestro Parlamento que es en el Senado, frente al cuadro simbólico de nuestra independencia, donde se agitan ágiles los floretes de la política activa.

Varias son las figuras que ocupan el primer plano en forma casi permanente, y de ellas iremos trazando croquis o bocetos que permitan conocerlos mejor. En los bancos de la Derecha, tenemos la magra, solitaria y casi etérea palidez del Doctor Cruz Coke; la robusta personalidad del señor Coloma; la arrogante y casi insolente apostura del señor Rivera Raeza; la sonrisa ligeramente sardónica del señor Videla Lira; la puritana esfigie del señor Moore Montero. En las filas radicales se destaca la nerviosa actitud del señor Retigg, cuya avanzada calva contrasta con la blanca melena del

señor González Madariaga, que nos trae reminiscencias del Segundo Imperio; la joven pero reposada estampón del señor Bossay, y aún la más reposada del señor Mora, don Marcial.

Más allá, en las bancas gobiernistas, escuálidas en representación, la abandonada apostura robesperiana del señor Raúl Ampuero y su sombra personificada en el señor Aniceto Rodríguez; la bien apacible, y casi imperceptible presencia agreste del señor José García, contrastando con la osadía del señor Izquierdo Araya.

Al fondo, enmarcados en el cuadro representativo de nuestra vida independiente, el honorable presidente, don Fernando Alessandri, parece que dormitara a ratos, mientras que el señor Allende, don Salvador, oculta su delicada audacia tras los cristales de sus lentes de fino arco volante .

Empezaremos por trazar hoy un bosquejo del honorable señor Izquierdo Araya, don Guillermo, sin duda la figura más destacada de los sillones gobiernistas.

Es interesante ver al señor Izquierdo Araya, alto, con aquella su nariz rojiza que nos inspiraba notes irrespetuosos en el Liceo de Aplicación. Es curioso ver como defiende sus principios para ofrecer al país una extraña versión de la democracia. Emplea todos los métodos, recurre a todos los autores, se respalda en innumerables citas, y, si es preciso, recurre a la sinécdoque, presentando una parte por el todo.

Nos arroja a la cara, por ejemplo, a Barthelémy, en apoyo a sus teorías de indiscutible tornasol fascista, olvidando que Barthelémy tiene, según propia confesión, "el cerebro anquilosado de democracia".

Para sus alumnos, el señor Izquierdo Araya, profesor de Historia, era el hombre que nos llevaba por el camino de la vieja Grecia, nos señalaba a Platón y Aristóteles, nos hacía admirar el buen Solón, nos hacía soñar con el Siglo de Oro de pericles; aunque tal vez ya en aquellos años él admiraba a Cronwell y a Epicuro.

Su mirada tiene, cuando alza la voz y el brazo en un gesto apocalíptico, el destello reluciente que debe haber tenido la mirada del "führer" cuando arengaba a sus tropas de asalto. Es sus propias filas ven esta mirada y tiemblan, porque el honorable señor Izquierdo Araya está más allá de sus mismas filas gobiernistas.

Al verlo y al oírlo surge la pregunta: ¿Qué ocultas razones tiene el honorable señor Izquierdo, colaborador del Anuario de Derecho Público de la Sorbonne y tratadista de Derecho para pretender revivir una doctrina contra la cual se alzó, unánime y fuerte, la conciencia del mundo?

Yo me imagino al señor Izquierdo Araya, cuando prepara sus discursos, desenterrando momias filosóficas de los anaqueles de su biblioteca para apabullar a sus colegas con la sabiduría profunda, lógica, dialéctica, de su elocuencia. Se atiborra las manos de citas y las arroja al aire del hemiciclo como un prestidigitador que lanzara una bandada de palomas locas y dramáticas. Y entre tanto a su lado lo observan, atónitos, el agreste señor García, don José, y el recién iniciado señor Rodríguez, don Aniceto.

Contrastes inexplicables de la historia!

II.- Raúl Marín Balmaceda.-

Para empezar, confieso que yo admiro a este honorable senador de 46 años, distinguido miembro del partido Liberal, portaliano hasta los tuétanos, cuyo cuerpo de no más de 60 kilogramos, no corresponde a su osadía, a su audacia, a su valentía. Desgraciadamente parece que el destino le hizo la jugarreta de equivocarlo de siglo. Debió haber nacido en la época en que, "por quitame allá estas pajas" se desenvainaba la espada para defender el honor y la doctrina. El honorable senador Marín Balmaceda, don Raúl, debe, en cambio, recurrir a veces a sus piños para rubricar su doctrina.

El hemiciclo ha sido escenario de dos riñas, Y como ocurrieron, precisamente en circunstancias en que jóvenes alumnas de educación cívica visitaban el Parlamento, adquirió ante la bella juventud renombre de romántico y valiente.

Desde el mismo día en que se recibió de abogado demostró públicamente su admiración por el portalianismo, al escribir su memoria sobre los "Conceptos políticos y administrativos de Diego Portales". Con la diferencia de que la intuición del porvenir, rasgo sobresaliente de las concepciones políticas de aquel, no hacen mella en el señor Marín, que a veces preferiría volver al pasado.

Yo estoy seguro de que este honorable, de palabra fácil, pertenece al grupo humano de los pocos que saben lo que quieren y a donde van.

Lo sabe desde el día que se quemaba los ojos en la lectura de centenares de volúmenes, cuando era oficial de la Biblioteca

Nacional. Lo supo más tarde, cuando fué elegido diputado por La Serena, en 1937, y lo sabe ahora que es Senador por Atacama.

Defiende sus principios con vehemencia, con calor, con pasión. Y así como Portales, de acuerdo con la compleja psicología de los genios, veía en la religión un poderoso instrumento de gobierno; el honorable senador Raúl Marín Balmaceda ve en su proyecto de reforma electoral el manejo de los destinos de Chile por un grupo que él estima de élite. En sus planteamientos, el señor Marín se confiesa oligarca, en el más puro sentido de la palabra: oligos=pocos, arkhe=gobierno; es decir, el gobierno en manos de unos pocos.

Cuando planteó su proyecto para establecer el voto calificado, sus colegas de hemiciclo no lo entendieron, no comprendieron la esencia misma de su planteamiento y tuvo que declarar urbi et orbe que no era partidario de la monarquía en Chile.

A que se debió aquella mala interpretación? Tal vez a que el honorable señor Marín acababa de ser condecorado con la orden de Isabel la Católica, orden fundada en 1815 por Fernando VII, para compensar los servicios prestados en las colonias de América.

El honorable senador lleva con orgullo la cinta blanca con ribetes amarillos de la Orden, y si hubiese nacido en aquel siglo, seguramente, en su desprendimiento, le habría gustado ayudar a la Reina de Castilla a disputar la corona a su sobrina Juana, la Beltraneja, y unir a los pendones de Castilla y Aragón, el del Reino de Chile.

Pero esto no son más que disquisiciones. El señor Marín, hombre culto y honrado, honrado con los demás y consigo mismo, sabe que

para lanzarse hacia el futuro hay que afirmar los pies firmemente en el trampolín del pasado.

Está en esta última etapa. Es tradicional, tiene orgullo de sangre y a pesar de su apellido, está más lejos del presidente Balmaceda, que de don José Manuel Balmaceda, el general carlista que murió en San Petesburgo en los comienzos del siglo XIX y de don Joaquín Marín y Mendoza, el célebre historiador español de fines del siglo XVIII.

Orgullosa de su ancestro, cuando ~~me~~ a visitar España ~~fué~~ a arrodillarse humildemente en la pequeña iglesia, de estilo románico, que está en el pequeño pueblo de Valmaseda, en la provincia de Viscaya, a veintiocho kilómetros de Bilbao.

Repito que al conocer a este honorable, aunque se esté en tierras opuestas, no puede menos que admirarse su valor, su lucha tenaz contra molinos de viento, su sentido cristiano puro, de que "no se puede servir a Dios y Mammon al mismo tiempo".

Y al verlo batallar empeñosamente, trabajosamente, cultamente, denuciadamente, se llega a la conclusión de que un día, cansado, pero no agotado, imitando a Portales, le gustaría retirarse a una quinta de la Placilla, para escribir como aquél a su amigo Garfias: "Mi marcha será esta noche, cuando salga la luna".

En el diario "Las Noticias de Última Hora", Alfonso Reyes Messa publicó, durante varios años, una serie de artículos, en la página de redacción de ese rotativo, que tituló, genéricamente, "Contrapuntos". A continuación, algunos ejemplos:

"ETAPAS SUPERADAS"

El léxico se ha enriquecido últimamente con algunos vocablos que, si bien antes existían, ahora son de uso más corriente y corresponden a nuevas concepciones morales, filosóficas o políticas.

Una de estas palabras, que está sumamente en boga es la de "superación". Pero no se usa en el sentido en que se usaba antes.

Cuando se decía que alguien superaba a alguien o se superaba a sí mismo, uno entendía que el individuo había experimentado un determinado progreso, que había ascendido algunos peldaños en la escala de los valores. Ahora ocurre de distinta manera.

Para ser más precisos vamos a poner un ejemplo práctico completamente real.

Un fulano estaba sumamente extrañado porque la mujer de un amigo suyo tenía amores con otro amigo, es decir, el eterno triángulo de todos los dramas, de todas las tragedias; el tema que dió argumento a millones de millones de líneas impresas, tal vez a millones de novelas.

Estas novelas, a veces terminaban mal, y una bala, un duelo y hasta un puñal rubricaba con rojo sangriento el final de la obra.

Otras veces había un perdón de última hora y todo se olvidaba; pero se olvidaba.

Ahora no se olvida; ahora, y esto tenía enloquecido al fulano de los comentarios, la etapa está superada.

Cuando le contaba extrañado a su amigo los amores de la señora con otro amigo a sabiendas del marido, recibió una respuesta muy de nuestros tiempos: Pero hombre, si ellos han superado la etapa.

Desgraciadamente, la gente de hoy parece haber superado muchas cosas. Se ha superado la moral. Se vilipendia a más y mejor; se juega con la honra ajena; se la arrastra por el suelo, y luego todo queda en nada, porque la etapa está superada.

Se hace un negocio escandaloso, y el autor se queda feliz y con los bolsillos llenos con el producto del robo o del fraude o de la coima; sale a la calle en un gran automóvil que exhibe ante sus amigos y conocidos.

Se siente orgulloso y satisfecho y hay muchos que no le dan importancia porque han superado la etapa de las inhibiciones morales.

Tal vez esto es muy moderno; tal vez está muy a tono con nuestros tiempos, pero es preferible no superar estas etapas, y seguir, en muchas cosas, pensando a la antigua, cuando los hogares estaban mejor constituidos, y cuando los hombres preferían andar con la frente limpia, antes que con los bolsillos llenos.

Será mejor que no nos superemos tanto.

"EL OTRO PIE"

Durante meses, el país estuvo pendiente de lo que iba a ocurrir en un solo día: el jueves 4 de Septiembre.

Llegó el Jueves 4; pasó lo que tenía que pasar, como dice la canción. Ahora a poner el hombro, porque, evidentemente, Chile no es patrimonio de unos pocos, sino de todos.

Por desgracia, ningún partido o grupo de partidos pueden decir, seriamente, que representan la voluntad ciudadana, sino, apenas, un atisbo de esa voluntad. Trescientos y tantos mil votantes en un país de siete millones, no son, ni siquiera, el 5%.

Si estuvieran inscritos todos los ciudadanos con derecho a sufragio, serían apenas el 10% del electorado.

No puede, por lo tanto, un grupo determinado, decir que es la representación de la ciudadanía entera.

Lo que cabe hacer entonces es abandonar las ambiciones personales o de grupo y, repetimos, "ponerle el hombro" a Chile.

Naturalmente, durante un tiempo continuarán las elucubraciones, generalmente antojadizas, acerca de quienes son la mayoría.

Todos comienzan a formar sus propias agrupaciones. Unos dirán que la Izquierda tiene la suma de los tres derrotados y la Derecha solamente la del vencedor. Es curioso este raciocinio, porque hasta el día anterior a la elección, la misma gente decía que ellos eran la única izquierda y que todos los demás eran derechistas. Otros sostenían que Chile es un país de centro, porque si se suman las fuerzas de ² dos candidatos, también tienen mayoría. Y así, junto con estas divagaciones, ya se comienzan también a hacer cálculos para la futura.

Lo evidente es que la elección pasó. Todo el mundo ha aplaudido el gesto de Eduardo Frei de cumplir con lo que dijo en sus discursos, que reconocería al vencedor aunque triunfara por un voto. Y lo reconoció. Este gesto del líder de la democracia cristiana ha lavado, de una vez, casi todo el renor desparramado en la campaña.

Ahora viene el otro pié, como en las cuecas. Pero conviene que el aro sea lo más largo posible. Fué demasiado agitado el baile y hay que darle a Chile un respiro que dure lo suficiente para reponer las fuerzas.

Hay consenso general en ^{la} tarea del futuro mandatario, va a ser dura, porque el barco nacional está muy mal estibado.

Lo lógico sería que todos se prepararan para "echarle una manito", pero de veras, no como algunos que ya están corriendo apresuradamente para "ayudar" al vencedor a llevar "la pesada carga de la victoria".

"131 AÑOS"

Le llaman "El Decano", porque es el más antiguo. Pero no es el más viejo. Basta mirar todas las mañanas las páginas de "El Mercurio" para ver como se ha ido renovando. Casi en todo. Pero no completamente. Desde hace 131 años, mantiene una línea: informar bien, pero informarse bien primero. Y luego la defensa de la democracia, como principio fundamental de la vida humana

Nadie lo mueve de esa conducta. Y esa línea es lo que lo tiene ahora , antiguo, pero no envejecido, con una aureola de prestigio internacional.

Si algún elogio puede hacerse a este diario que muchos critican, pero todos respetan, es el de que es indispensable.

El desarrollo no está completo si no se ha leído "El Mercurio".

Ha conseguido el milagro de que las noticias no sean completamente noticias mientras no aparezcan en sus páginas.

Se cuenta a este respecto una curiosa anécdota. Era propietario y director de "La Visión" Eliodoro Yáñez. Un día leyó en su diario una noticia, un "golpe" periodístico como se llama a la noticia exclusiva. Llamó al jefe de crónica y le preguntó si era efectiva. Le aseguraron, naturalmente, que sí.

Don Eliodoro aceptó la explicación, pero hizo este comentario: "De todas maneras, esperaré que la publique "El Mercurio".

Esto corrobora lo dicho; para que una noticia sea noticia, tiene que salir publicada en este diario, que hace 3 días cumplió 131 años de existencia.

"El Mercurio" tiene, además, otra ventaja; es bueno para el corazón porque no provoca sobresaltos, ni angustias, ni alarmas.

Todo parece temperado y hasta los arterioscleróticos pueden leerlo con entera confianza.

Un terremoto publicado por "El Mercurio" tiene siempre unos 2 grados menos de intensidad.

No sé a quien habrá que felicitar por estos 131 años del Decano. Si a su actual director, Rafael waluenda, que tampoco envejeció, o al dinámico Rafael Silva Espejo, o a sus redactores, o al jefe de Informaciones, o al jefe de talleres o a todos juntos, o a nadie, sino, al "Mercurio, porque este diario hace también otro milagro: que todos los que trabajan en él se identifiquen a tal punto con el alma del diario, que hasta piensan y actúan en forma "mercurial", y también escriben a la manera de "El Mercurio", que tiene la ventaja de ser una manera ajena a todos los amaneramientos.

Viñetas Urbanas.-

"El santiaguino, por lo general, es poco aficionado a conocer su ciudad. Converse con sus amigos y se encontrará con que la mayoría apenas conoce el barrio en que vive. El resto del camino hasta la oficina o el sitio en que trabajan no alcanzan a verlo. Se lo impide la "sardinosis" que se sufre en los vehículos de locomoción. Además parece que no le interesa mucho. El sábado por la tarde se van a un cine. El domingo, se hace otro tanto.

Los aficionados que disponen de medios de movilización propios suelen salir fuera de Santiago. El resto se queda en casa. Para que van a salir? Pensar en un micro, es pensar imposibles.

Recorrer las calles de ciertos barrios es, generalmente, un espectáculo desagradable.

Aceras llenas de mugre; calzadas a medio destruir o a medio arreglar, que viene a ser lo mismo. Borrachos por doquier, luciendo a su regalado gusto sus grotescas posturas. Así ocurre en la mayoría de los barrios que se han ido quedando atrás, como rezagados por la fiebre de construcciones que favorece a otros.

Para sufrir tal espectáculo, es mejor quedarse en casa, arrimado a un aparato de radio, escuchando la original versión de los partidos de fútbol.

Sin embargo, Santiago, es una ciudad que merece verse. Sobre todo ahora que la primavera empieza a pintar el rostro de las avenidas.

Es agradable recorrer algunos alrededores; ver como lo que eran potreros de pastoreo se salpican de alegres construcciones de jardines a la calle.

Santiago crece y se ensancha alegremente.

Algunos arquitectos rivalizan en la armonía de líneas de las nuevas casas de los nuevos ricos.

Otros, por desgracia, se dejan arrastras por el criterio de sus dueños, y de allí que salgan algunos mamarrachos con aspiraciones de grandeza.

Pero, por lo general, es un grato espectáculo la guerrilla arquitectónica de sobrepasarse en la novedad y belleza.

Hay, naturalmente, varios privilegiados, como "El Golf" y los adyacentes, donde uno se recrea, goza viendo como la ciudad luce limpia y nuevecita.

Male la pena recorrerlo tranquilo, caminando sin apuro, y al regresar al hogar, se tiene otra vision de la ciudad.

Hasta se aprende a quererla y se olvida a ratos la manía edilicia de romperlo todo para dejarlo medio roto.

A pesar del esfuerzo municipal, por darnos la peor de las visiones, Santiago se embellece.

Ocurre en casi todos los países que los habitantes de una ciudad sienten el orgullo, y lo pregonan, de ser de donde son. A nosotros parece que no nos interesara conocer lo nuestro; ignorantes como de que aún en las viejas callejas suburbanas hay motivos de ambiente de aquellos que inspiraron la paleta de don Juan Francisco González que merece que se le recuerde.

Las "Pildoras del Doctor Seso", como hemos dicho, las dedicó Reyes, especialmente para combatir el gobierno de Ibáñez. He aquí dos ejemplos:

Respaldado.- El Mayor Cristi, campeón olímpico de equitación se ha convertido en campeón del garrotazo contra los periodistas. Debe ser un muy buen caballo. (El mayor Cristi pertenecía al gabinete)

Sobran.- Al responder a los conservadores, el Presidente dice que hay ministros sin autos. Pero olvida que en la presidencia hay muchos autos sin ministros.

JUICIO CRITICO.-

La carrera literaria y periodística de Alfonso Reyes Messa. es, en nuestro país, y especialmente en Santiago, sumamente conocida. Alfonso Reyes Messa es un nombre familiar. aún entre aquellos que no están ligados directamente al periodismo.

Y más todavía, Alfonso Reyes Messa. es un nombre que la mayoría conoce, que de una u otra manera ha escuchado.

Tal vez muchos no sepan de que se trata de un periodista, así como también hay muchos que no saben quien es Marcos Pérez Jiménez, pero que están conscientes de que existió o existe un hombre llamado de esa manera.

Su producción literaria. como se ha dicho anteriormente. incluye novelas, y un sinnúmero de crónicas que emanaron de su pluma con verdadera originalidad.

Los artículos que él firmaba eran los que primero se leían en los diarios donde él trabajó, sobre todo en sus últimos años de periodismo activo.

Incursionó en diversos campos del comentario. Sus vívidos retratos de hechos políticos, su crítica social realizada con habilidad nunca desmentida, a pesar de que el trabajo periodístico es siempre apático, quedan en el recuerdo de todos los que fuimos sus lectores.

A pesar de que su serie titulada genéricamente "Contrapuntos" aparecía en el vespertino "Las Noticias de Última Hora" (estaba destinada a comentar diversos temas nacionales e internacionales) que es y ha sido un diario de oposición a los gobiernos últimos gobiernos del país, que es, en cierto modo, un diario de los llamados

"populares" y que en épocas ha pasado por sensacionalista, Alfonso Reyes Messa logró mantener el tono mesurado de quien no se apasiona en las polémicas que surgen, sobre todo en el campo político chileno.

Su tono fué, sin excepción, "mercurial", en el sentido que el mismo define este adjetivo.

En sus intensas batallas políticas desde sus tribunas en diarios y radios ("Entretelones"; Nuevo Mundo, "Comentarios políticos", Bulnes) fué un "enemigo" leal de sus adversarios.

Así lo comprueba el párrafo final de uno de sus artículos incluidos en esta antología, que se refiere a don Raul Marín Balmaceda, y que dice a la letra: "Repito que al conocer a este honorable, aunque se esté en tiendas opuestas, no puede menos que admirarse su valor, su lucha tenaz contra molinos de viento, su sentido cristiano puro de que "no se puede servir a Dios y a Mamón al mismo tiempo". Y al verlo batallar empeñosamente, trabajosamente, cultamente, denodadamente, se llega a la conclusión de que un día, cansado, pero no agotado, imitando a Portales, le gustaría retirarse a una quinta de la Placilla, para escribir como aquel a su amigo Garfias, "Mi marcha será esta noche, cuando salga la luna".

Su crítica social fué directa. Solía mostrar los defectos de los hombres al descubierto. Esta crítica la desarrolló especialmente durante el gobierno de 1952 a 1958, lapso durante el cual, los escándalos y negociados estaban a la orden del día.

Su artículo titulado "Etapas superadas" muestra algo de esto: "Desgraciadamente la gente de hoy parece haber superado muchas co-

sas. Se ha superado la moral. Se vilipendia a más y mejor; se juega con la honra ajena; se la arrastra por el suelo, y luego todo queda en nada, porque la etapa está superada.

Se hace un negocio escandaloso y el autor se queda feliz con los bolsillos llenos con el producto del robo o fraude o coima..."
"...Tal vez esto es muy moderno; tal vez está muy a tono con nuestros tiempos; pero es preferible no superar estas etapas, y seguir, en muchas cosas, pensando a la antigua, cuando los hogares estaban mejor constituidos, y cuando los hombres preferían andar con la frente limpia antes que con los bolsillos llenos."

EZEQUIEL DE LA BARRA ORELLA

EZEQUIEL DE LA BARRA ORELLA

El Sobrino en 2º grado, por parte de madre, del Capitán Manuel Joaquín Orella, 2º Comandante de la "Covadonga", vió la luz el 24 de Julio de 1888 en la lacustre ciudad de Concepción.

Su padre, Ezequiel; comerciante, y su madre, Clara, de un espíritu sensible, que cultivaba la música, fueron los principales pilares de los primeros años del niño que desde el comienzo se perfiló como una promesa.

Sus estudios primarios los realizó en el Colegio Alemán y los secundarios en el Seminario Conciliar de Concepción, pasando posteriormente al Colegio de los Padres Franceses de Santiago.

Ingresó a la Escuela de Derecho de la Universidad de Chile. En 1911 presentó su memoria para optar al título de Licenciado en Leyes y Ciencias Políticas. Era un estudio titulado "Necesidad de la Reforma Social", que mereció cálidos elogios de la comisión examinadora, que la encontró, además de excelente, sumamente novedosa, por el tema que trataba. Fue publicada en los "Anales de la Universidad de Chile".

Al poco tiempo se fué nuevamente a Concepción. En esa ciudad fué designado Juez de Policía Local. El cargo lo ocupó desde 1927 a 1939. También fué notario en Mulchén y Talagante.

Aunque no le gustaba la política, se presentó como candidato a regidor por Concepción; salió elegido. Lo apoyaba el partido Liberal. Cumplió su período pero no reincidió, porque la política terminó por asquearle.

Desde joven tuvo aficiones por la música. Practicó el violín y formó en las filas de una orquesta que se había labrado un buen prestigio en el sur de Chile.

Casado, (en 1962 cumplirá sus bodas de oro) tiene tres hijas que le han dado seis nietos.

Retirado del periodismo y de las leyes, vive en su hogar, tranquilo, rodeado del afecto y respeto de quienes lo conocen.

EL PERIODISTA.--

Podría decirse que la muerte de un obispo lo hizo periodista. Allá por el cuarto año de este siglo murió en Concepción, el Ilustrísimo y Reverendísimo Señor, don Plácido Labarca, bondadoso pastor de la diócesis.

Este acontecimiento produjo en los alumnos del Seminario Conciliar una honda tristeza, especialmente en el niño Ezequiel, que tenía el "raro" convencimiento de que los obispos no podían morir.

Un ansia de mostrar su emoción de algún modo, lo hizo tomar un lápiz y un papel, y garrapatear el que iba a ser el primer artículo del futuro periodista.

Con el título de "El Padre y los Hijos", apareció en el diario conservador de Concepción, el día de los solemnes funerales del prelado, causando en su joven autor un regocijo inponderable.

Desde ese momento, puede decirse que la vocación periodística se arraigó en él, para siempre. En vano quiso ambular por los dominios de la literatura, haciendo versos, escribiendo cuentos, intentando laborar en el difícil terreno del ensayo.

Algo secreto le instaba a realizar la tarea periodística, con todo lo que ella tiene de improvisación, de ímpetu irrefrenable, de breve existencia.

Aquí encontraría, según el mismo lo dice, "el cauce de su destino", ~~xxxxxxxx~~ Un día, mientras estudiaba derecho, tuvo ocasión

de oír al hombre de prensa, Carlos Silva Vildósola, en una conferencia universitaria, esta frase que no olvidó: "El periodismo imprimise carácter".

Desde ese momento, la ambición del joven, tendió con fuerza al periodismo, a lo que es y será el periodismo, mientras el mundo exista.

JEFE DE CRONICA

Lejanos están los tiempos en que Ezequiel de la Barra entró al periodismo, como jefe de crónica de "La Unión" de Concepción, en 1911. Estima él, que esta es la fecha en que se inició en esta profesión, á pesar de que desde 1907 había publicado en Zig Zag innumerables cuentos y poesías. Varios de estas narraciones fueron reproducidas en otras revistas de América sureña. Algunas de sus producciones literarias aparecieron en "Selecta", la revista chilena editada por Zig Zag, que, por desgracia, tuvo ocrta vida. Asimismo colaboró asiduamente en los semanarios de Concepción, "Chanteclair" y "Vida Nueva", y en el prestigioso "El Sur", cuya vida ya se acerca al siglo.

EN "EL FERROCARRIL" Y "LA PATRIA"

Eran los tiempos postreros de "El ferrocarril", dirigido, a la sazón, por el jurista y profesor de Derecho Penal, Galvarino Gallardo. A los redactores se les pagaban los artículos por centímetros, como se pagaban los avisos. El que escribía más largo ganaba más-recuerda a Ezequiel de la Barra-. Los artículos se medían con un cáñamo; tantos centímetros, tantos pesos. Algunos redactores escribían dos metros por día.

A pesar de su experiencia periodística adquirida en el lapso relativamente breve que estuvo como jefe de Crónica de "La Unión", de la Barra no logró la fortuna de entrar al viejo diario como cronista, ni siquiera como "chonguero". Tuvo que contentarse con escribir "por amor al arte" en el prestigioso periódico, en el carácter de mero y ocasional colaborador, lo que fué bastante para satisfacer su ambición. Todavía es estudiante de leyes.

A estos primeros pasos, siguieron otros más decisivos. Había aparecido en Concepción, ciudad natal del periodista, "La Patria" un diario de orientación moderada, con equipo moderno.

Hurtando tiempo a sus estudios, mientras el profesor dictaba sus lecciones, comenzó a escribir unas crónicas tituladas, genéricamente, "Desde Santiago", que aparecían cada semana en el nuevo diario penquista.

Esta fué, para de la Barra una provechosa gimnasia, y como antes, "por amor al arte", que es, acaso, la mejor escuela para aprender a fondo lo que es el periodismo puro y sin mancha.

DIRECTOR DE "LA PATRIA"

Hubo en esto algo de profético. Veinte años después, Ezequiel de la Barra fué nombrado director de "La Patria" de Concepción, cargo que desempeñó durante seis años ~~marxista~~ en dos etapas (1927-1931.- 1936-1939) . En este tiempo modernizó el rotativo que le habían confiado dándole una orientación más amplia, haciéndolo abarcar más ramas de las actividades humanas.

Nuevas páginas y secciones le dieron una vibración más en concordancia con el progreso y con las disciplinas del arte y del deporte.

Fueron apareciendo, poco a poco, tras tenaces esfuerzos, la Página Agrícola, la Pagina de Arquitectura, la Página Literaria, la Página de Arte, la Página de Música.

En esa época los diarios de provincias tenían un mayor caudal de lecturas provechosas y edificantes, y "La Patria" se destacó por ese hecho. De la Barra usó el seudónimo de "Lázaro".

Ya el periodista no era joven y no trabajaba "por amor al arte". El diario fué adquiriendo prestigio. A su sala de redacción llegaban los hombres más prominentes que pasaban por "la perla del sur".

Este contacto con hombres de fuerte envergadura intelectual sirvieron al periodista Ezequiel de la Barra, según el mismo lo afirma, para aumentar su bagaje cultural. Aumentó sus conocimientos, y se convenció de que el diario no es sólo noticia, sino cátedra.

EL TERREMOTO Y... "LA NACION",-

En estas lides-recuerda Ezequiel de la Barra- lo sorprendió el cataclismo de 1939 que asoló las ciudades de Concepción y Chillán.

A este respecto, dice textualmente el periodista: "Atribulado mi espíritu por la tremenda catástrofe, destruido mi hogar, carcomida el alma por mil presagios funestos, el destino me señaló, una vez más, la ruta por la que había comenzado a caminar pletórico de ansias y de esperanzas".

Don Horacio Hevia, lo llamó para hacerse cargo del puesto de redactor de "La Nación".

Confiesa el periodista que en el principio se sintió como "pollo en corral ajeno".

Tenía que hacer artículos y editoriales acerca de las materias más dispares.

Tiempo después, el director del diario, Ramón Cortez Ponce, le encomendó la tarea de redactar, diariamente la sección llamada "Notas del día".

Por casi 10 años puso su empeño en dar a estas crónicas un carácter humano, de mesurada emoción y sencillez al alcance del lector más humilde.

En ninguna circunstancia trató asuntos políticos ni se refirió a los hombres de la política.

En sus "Notas del día", le bastaba comentar los hechos humanos, sacar ^{de} las pequeñas cosas la escondida grandeza que encierran, y "exponer las excelencias que hay en cada dolor oculto, que nadie conoce". Sus "notas" tuvieron el mérito de ser reproducidas en diversos diarios del país y en algunos del extranjero.

LOS PREMIOS Y LOS VIAJES.-

Tal vez, por eso mismo, como un galardón a quien se contentaba con dar relieve a las cosas humildes y sencillas, Ezequiel de la Barra fué honrado por la Sociedad de Escritores de Chile con el premio "Camilo Henríquez" y por la Academia Chilena de la Lengua, correspondiente de la Real Española, con el Premio de Periodismo "Alejandro de la Fuente".(1955)

Durante sus últimos años en las lides del periodismo, realizó varios viajes por el extranjero, como enviado de su diario.

Fué invitado, en 1956, por Gamal Abdel Nasser para visitar Egipto. El viaje lo aprovechó para recorrer Europa y Estados Unidos.

En 1957, la Canadian Airlines System, lo invitó, como redactor de "La Nación" para visitar Méjico, y en 1958, la Línea Aérea Nacional le pidió que formara parte de la delegación especial que fué a Estados Unidos, con motivo de la inauguración de los vuelos a ese país. En todos sus viajes sirvieron para que de la Barra mostrara a sus lectores como es el mundo.

EL FINAL

Veinte años y algunos meses permaneció Essequiel de la Barra en "La Nación" periódico al que había llegado sin empeños políticos, sin otro bagaje que su merecimiento.

Le dedicó los mejores años de su vida con tesón y perseverancia inquebrantables.

Sus innumerables "Notas del día" eran firmadas con una humilde "B".

En esto se reflejaba su carácter "quitado de bulla". Jamás, como hemos dicho, intervino en política con sus comentarios periodísticos. Sin embargo, un día, siendo Director de "La Nación" Marcos Chamúez, -él no sabe por qué- le pidieron que jubilara.

...Y jubiló.

EXPERIENCIAS.-

Entre las muchas anécdotas que los periodistas suelen contar, Ezequiel de la Barra, que también las ha tenido, recuerda algunas, por su importancia inolvidable las siguientes.

Dejemos que el mismo, con su lenguaje nos las narre:

"Aparecióse un día por la sala de la Dirección de "La Patria" un señor envuelto en una maltratada capa española, con un chambergo de amplias y no muy limpias alas.

Lucía el visitante una melena venida desde los tiempos del romanticismo, y hablaba con una voz cascada y trenebunda. ¡Raro personaje!

¿Quién será?

-¿El señor director?

-Sí señor; en que puedo servirlo?

-Soy Eugenio Noel, y ando de paso por esta ilustre ciudad y este simpático país.

-Ah sí! Tanto gusto señor, y tanta honra.

El prolífico novelista se instaló en un sillón, como si estuviese en su cama, tiró el chambergo monumental sobre una silla, se desenfundó su capa cincuentenaria, se alisó la melena rebelde y dió curso a una perorata que duró un poco más de una hora.

Yo vengo a hablar de mis libros, y de España, dijo.

¿Ha leído Ud. mis novelas, una por si acaso?

-¡Ah, que bueno. Pues Ud. habrá podido ver que no ando por las ramas y que no soy un revolucionario que no acepta preceptos ni cánones.

Me gusta escribir con libertad, decir lo que se me ocurra.

Siempre algo nuevo, amigo, algo novísimo. Y en que forma. Usted habrá podido verlo, amigo.

-Y de España, ¿Que me dice, maestro?

-Ah, no andan las cosas muy bien allá, por desgracia. Nunca han andado bien, nunca. Mire Usted ese generalote que se ha adueñado del poder. No sabe nada, ni sirve para nada, mete a la carcer a medio mundo, y no hay quien pueda andar sin bozal. Me recibió un día estando en cama. ¿Que cosas me dijo; y ay! que cosas le dije. Así va la pobre España. Yo soy el único que podría salvarla, pero no sé tampoco nada de política.

Lo que hace falta es un garrote para acabar con todos esos sinvergüenzas. ¿Podría hacer algo Marañón? Nada. Vive metido en sus libros, en sus clases, en sus operaciones, y andá volando por las nubes. ¿Unamuno?, me he preguntado muchas veces. Pero si es un viejo que no tiene pizca de voz, no se le puede ir a dos metros de distancia. Hay que gritar, mi amigo, y Unamuno ya está ronco.

Ah! si yo pudiera...

Por allí iba el soliloquio del novelista insigne y soñador.

Al día siguiente dió en el Teatro Central de Concepción una conferencia de dos horas y media, para probar que los españoles son habladores."

"Poco tiempo después, sentado en el mismo sillón, estaba el atildado y fino Ramón Gómez de la Serna.

Grave, meticoloso en el hablar, casi temeroso de todo, también iba a la ciudad de los terremotos en son de conferencias. Su charla liniana y preñada de imágenes, daba a entender que el hombre de las Greguerías era un maestro de la metáfora. Al director

del diario se le ocurrió traer a colación la reciente visita del hombre del chambergo y de la capa.

- Ah, y que dijo ese?

- Algo que me pareció muy curioso, si no puedo decirlo de otra manera.

- ¿Que fué? Veamos. Tengo sumo interés en saberlo. Por fortuna el periodista tenía en la mano la entrevista que el diario había publicado con el retrato de Eugenio Noel.

- Quiere que le lea algunos acápites? Oiga Ud. algo de lo que me contó su compatriota. "Hace pocos días, don Eugenio, hablaba Ud. de Marañón, y decía de él, algo en que tal vez no estemos de acuerdo.

- Quiá hombre, si Marañón es el nombre, y será Presidente de España, en contra de su propia voluntad. Es el único hombre actual, porque, por desgracia, no hay actualmente muchos hombres en la península.

- Como?

- Si querido, hay pocos hombres. Usted sabe, en España, todo es espectacular. Se asesina a los estudiantes, y todas las esquinas están llenas de gentes, que, a brazos cruzados, contemplan los acontecimientos, mascullando entre dientes: "Pues, que irá a pasar, que vendrá, que irá a ocurrir?"

Espectacular, Espectacular.

- Y la razón de esta pasividad?

- Es que allá no hay un hombre que sepa hablar. Los intelectuales españoles no hablan, no saben hablar. Unamuno, el gran viejo, tiene en el discurso una vocesita atiplada y feble; cuando se enoja, grita como un mono.

Baroja, el buen Pío, no sabe hilvanar dos palabras; Marañón es un hombre que se enreda con Xea verbos. Hace falta un hombre que arrastre, que se domine, a quien se le oiga y se le comprenda.

El único intelectual capaz de hacer esto soy yo. Y yo no he hablado nunca en Madrid... No he hablado, pero hablaré. Ya verán entonces.

- Y Marañón, don Eugenio?

- Ah! estupenda inteligencia; más habrá que llevarle hasta el fin a la fuerza. Pero la hora es de lucha. Piense Ud. que a Marañón, un hombre tan macho, lo domina su mujer. Si es para reír! La última vez que le vi, quise hablarle a solas. La esposa estaba a su lado, imperturbable. No hay manera de quitarle del lado la mujer a los hombres..."

Don Ramón Gómez de la Serna ha empezado por sonreír, para terminar riendo a mandíbula batiente. †Esto es formidable, ha exclamado, estupendo, morrocotudo. Yo tengo que llevarme una copia de esta entrevista. Ha de causar sensación.

Y ocurrió que el director del diario, como buen periodista, al despedir al insigne don Ramón en la estación de los ferrocarriles, se dió cuenta que se había olvidado de echarse al bolsillo la ofrecida copia."

"Así, otra vez, llegóse al despacho del director de "La patria", la inmensa figura de Keyserling, iba a la ciudad universitaria en son de conferencias; era un hombre inmenso de cuerpo y espíritu. Había aprendido el castellano en un mes, según su propia confesión. Como gran sabio y verdadero filósofo, era modesto, revestido de una atrayente y suave humildad. Tuvo la condescendencia de alternar en largas pláticas con el cohibido periodista

animándolo, dándole el tono de la vida, estimulando su débil voluntad.

Conocía a un hombre a la primera mirada y a un pueblo, al más leve contacto. Una vez, pasada largamente la media noche, dijo al director de "La Patria" estas palabras que nunca pudo olvidar. Bajo los tilos de la plaza, como un profeta pudiera ser hacerlo, y con su enorme mano sobre su espalda, le expresó, casi con pena: "Usted es un hombre que podría haber hecho muchas cosas, pero nunca será nada, porque es un gran flojo..."

Oyó el periodista estas palabras con alegría y con tristeza. Después se convenció de que más que un gran sabio, Keyserling era un gran profeta. Pero la vocación periodística continuó inmutable en el alma del que corrió después a escribir una de las más tiernas ~~crónicas~~ de sus crónicas: "Del brazo de Keyserling".

Antes, el gran hombre del báltico, como para dar pruebas de lo que es la modestia en los hombres de verdadero valer, había dicho al que le oía con asombro y deleite: "Mire mi amigo, entre las muchas cosas que no sé, está la geografía. ¿Por que no me dice donde está mi hotel?"

había entonces muchas cosas que Keyserling no sabía...;Y tantos hay que creen saberlo todo..."

Ezequiel de la Barra conserva en sus archivos una gran cantidad de recortes con sus artículos, que han sido cuidadosamente conservados por su señora.

De ahí se han obtenido los que incluimos en esta antología, y que aparecen a continuación:

DEL BRAZO DE KEYSERLING

¿Quiere llevarme a llevarme al hotel? No sé donde está. De las muchas cosas que ^{de esas cosas}, una es la geografía...Lléveme...

Sentí en mi brazo todo el peso de un hombre y de una filosofía. Era Kayserling quien iba a mi lado. Su sangre tiene 800 años, de purificación, azules, y su cerebro, una enmarañada cristalería de conocimientos.

Yo me sentí desnudo y a-penas alcanzaba a abrigarme en un pliegue de mi grande, de mi enorme sonrisa.

¿Que me importaba a mí, en aquel momento Aristóteles, Descartes, Kant, Ortega, y Bergson! Yo iba con mi filósofo, mi enorme filósofo de dos metros de altura y de 360° de intelecto.

La noche tenía olor a mar, olor a la bahía de Concepción y al golfo encerrado del Báltico; mi filósofo sorbía aquel aire, casi nativo con la fruición de una idea nueva que le tocase el espíritu.

Mi brazo temblaba, mi alma casi se deshacía de emoción. Me bullían por todo el sistema biológico como millones de hormigas de orgullo que laboraban para mí en el secreto de la noche.

¿Que decía Keyserling?

Como después de la llamarada de magnesio, quedan los ojos va-

oños de luz, así, solo ha quedado vibrando en mí un inmenso deslumbramiento.

Cinco horas de conversación con un hombre de cualidades tan desconocidas e inmensas, cansan, no sólo el brazo en que su naturaleza se apoya, sino la frente en que rebotan sus sueños.

Nada me importaba empero. Mi debilidad para la comprensión no era nada ante la fortaleza en que se encontraba mi alma, al contacto de aquel brazo que me tocaba, como el de un viejo camarada y que había deshecho las historias y los negros pasados de las naciones de la tierra.

Mi espíritu iba trepando por una hiedra por la dura y maciza compleción de sus disertaciones, y fué así como logré asomarme, por un instante, a la dilatada y rutilante tierra que jamás habían mirado mis ojos.

Era pasada la medianoche. Keyserling iba de mi brazo. Había olor a mar. El sabio hablaba. El hombre de la gloria universal se acercaba a mi insignificancia para hacerme comprender la verdadera grandeza.

Es el comienzo de un cuento?

Parece un cuento, parece un sueño. Yo lo escribiría pero no me atrevo. Aún me parece mentira. Pero yo sigo por mi camino y lo siento en mi brazo como una antorcha que ilumina una senda."

Ezequiel de la Barra escribió, durante 10 años, diariamente en "La Nación" sus "Notas del Día", sencillamente, sin rebuscamientos y enfocando diversos problemas desde el punto de vista humano. A continuación, algunas de sus "Notas del Día":

"EL HOMBRE QUE VA ATRAS"

Un hombre, al parecer insignificante, me ha dado hoy la clave de muchos destinos.

¿Por qué no decir el mío?

Iba yo con premura a saludar y a obsequiar a una Ana. Como el obsequio consistía en un paquete voluminoso, para mi comodidad, para mi presunción, me hice seguir del mucamo de la casa, hombre casi tan provecho como yo, aunque de parecer más pensado por la jornada terrestre.

Iba dos o tres pasos tras de mí. Yo sentía su presencia y también algo como un oculto rubor.

¿Por qué no iba a mi lado ese hombre? Era él que hacía el servicio a mí y no yo a él.

Zancadillas del pensamiento, tiritones del sentimiento exacerbadamente hipersensible.

Pero tocó la coincidencia de que delante de mí iban dos señores en amable plática.

Detrás de uno de ellos iba también un hombre con algo como un aparato eléctrico o de ingeniería, que colgaba de su brazo extendido.

Se separan los amigos; el que iba seguido por el hombre miró para cerciorarse de que le seguía y el hombre le siguió dócilmente

Uno adelante, el otro atrás. Lo mismo que a mí. Como a Larra: yo y mi criado.

¿Se asustaría usted si yo le revelara que me dió vergüenza? El que iba tras de mí había recibido educación del estado. Había ocupado cargos de responsabilidad en el comercio. La vida le cambió de fisonomía y le fijó un puesto en la marcha, el del hombre de atrás.

Lo mismo le ocurría a mi hombre que iba que iba detrás de otro llevando un bulto.

Entonces, ¿nunca podremos marchar todos juntos, en una misma línea, como las aves que cambian de curso y de hemisferios sin que una se adelante a la otra en su ansiedad de llegar donde la primavera florece? ¿Siempre tendrá que existir el hombre que va atrás?

En mala hora me arañó tan extravagante sensiblería. Acudieron a mi mente, como evocados por una varilla mágica, tantos que conozco, que piensan ser los adelantados en el tiempo y en el esplendor de la vida, y no saben que en realidad pertenecen al grupo^{en} que está comprendido el hombre que va atrás.

Creo dominar en el arte, en la política, en las letras y hasta en el amor, y no pasan de ser juguetes de un hipnotismo que no les deja comprender que no son DE LOS QUE VAN DELANTE EN LA marcha interminable.

Me puse a hurgar en los recovecos de la memoria y pude hallar a tantos, tantos ejemplos como este, que tuve que ir a parar en lo inevitable, a pensar en mí mismo.

¿Que sitio ocupo yo en este ejército o en este inmenso re-

baño? ¿No seré yo también el hombre que va atrás?

No tengo valor para decir la verdad, pero algo me dice que no soy he de ser el último para entender la tristeza y el cansancio de quienes van detrás de mí.

De aquí en adelante llevaré yo mi propio fardo, no se lo pasaré a nadie ni miraré para ver si alguien me acompaña o me sigue."

"EL 30"

Ha muerto uno que fué viajo amigo mío. Hace tiempo, mucho tiempo, yo no podía vivir sin él. Le buscaba en la ciudad, entonces sin bullicio ni apreturas, como al mejor de mis compañeros, como al más servicial, como al más generoso. Le buscaba desde lejos, con la mirada anhelante, doliendome de no encontrarle con presteza. ¿No buscamos así al mejor amigo del alma?

Mi amigo era una cosa, un artefacto, un ser que se movía por sí sólo, como todos los seres, aunque tengan el alma prestada.

Pero tenía, para mí, una vida propia e indiscutible, tal vez porque yo mismo se la había otorgado.

Este amigo me llevaba hacia mi casa cuando me abrumaba el cansancio y parecía complacerse en su obra de misericordia. Era para mí como un samaritano, cuando las fatigas del alma me hacían detenerme en el camino.

Mi amigo tenía un número grande y visible puesto encima de su caparazón: el 30.

También nosotros tenemos un número invisible, el de nuestra edad, el del año en que nacimos. Yo soy el "1888".

Llevo el número en las arrugas de mi rostro y en las maceraciones de mi espíritu. Todo es número, según Pascal.

La diferencia entre mi amigo y yo era pequeña.

El era un tranvía y yo era un hombre. El acaba de morir y yo sigo viviendo. Por todo lo le debo un responso y unas letanías en su sepulcro.

Porque el 30 ya no corre más entre la recoleta y la calle Bascañán Guerrero.

Después de prolongados estertores y de bulliciosa agonía, acababan de tirarte entre fierros viejos en un rincón olvidado, y es fuerza que me consuele ante tu fugitiva desaparición.

Fué el 30 para mí toda mi adolescencia y mi juventud. Mientras iba rodando en él, leía una novela de Anatole France o repasaba las capitulaciones matrimoniales del Código Civil.

En ciertos momentos pensaba en el amor, y más que ahora, pensaba en que sería eso de la muerte.

En el 30 dejé pedazos del alma que no voy a recuperar jamás. Más de una vez, en los ojos de una mujer tapada con negro manto, creí descubrir el secreto de la vida. Pero todo era fugaz, precipitado, porque la juventud guiaba el carro de la fantasía.

En el "acoplado" del 30 garrapaté ciertas veces algunas anotaciones para el libro que nunca fué escrito. Una de mis novelas iba a llamarse "La resurrección de la carne".

El 30 sigue rodando, y parecerá reírse de mí. Pero yo le debo

a este tranvía, los desorbitados sueños que ahora no puedo tener y que recuerdo con conmiseraadón.

Por eso, mientras yo viva, el "30" seguirá viviendo."

ZORZALES Y GORRIONES

"El convalesciente mira a través de los vidrios de la ventana el pequeño cuadro otoñal. Es el único entretenimiento que le han dejado los sabios: mirar las cosas, volverlas a mirar una y otra vez, siempre las mismas. Para él nada cambia, ni el paisaje que todos los días es idéntico ni su medroso abatimiento que se hace interminable. Parece que nada va a cambiar nunca más. Tiene el temor de que nada se altere y piensa que todo será lo mismo hasta que él se vaya y el mundo desaparezca.

Lo que sí distrae al convalesciente son esos pajaritos que todas las mañanas se ponen a jugar en las ramas semi desnudas del árbol solariego.

Siempre van de a dos, como si estuvieran enamorados. Son livianos y graciosos en su vuelo estos pícaros gorriones. Se persiguen en raudo vuelo y van a posarse, levemente, en una rama tan frágil que no soportaría un suspiro.

La rama los sostiene con fortaleza misteriosa. Se mece con ella largo rato.

¿Ya van a emprender el vuelo?

No, todavía no. Las avecillas se están mirando, parecen hablar un lenguaje intraducible.

De pronto los pequeños gorriones se van en vuelo rápido.

Se van, pero vuelven. El enfermo piensa entonces que tantas cosas para él se han ido y no han vuelto nunca.

Siguen las aves diminutas meciéndose en esa rama, y en otra, en la de más allá.

Siempre vienen y se van los gorriones, nerviosos, como si tuvieran premura en realizar algo muy grande.

La rama en que acaban de posarse se queda meciendo como si tuviera vida. El espectador doliente repite, en ese instante, con una alegría sobrenatural, aquella frase que leyera un día en otro Espectador que alumbra el genio: "Cuando el pájaro abandona la rama en que ha cantado, deja en ella un estremecimiento".

Se anima el convalesciente, se incorpora un poco en el lecho, y sonríe sin saber por qué. Sabe esta frase de memoria, y a veces la repite en secreto, como si fuera su único escudo.

Hay otro gran soñador en el paisaje cuadrado que se divisa por la ventana. Es el dueño de los árboles, de las flores y del pasto que hay en el jardín.

Es un zorzal, orgulloso de su alcurnia. Ha hecho su palacio en el ciruelo, y, como nadie lo molesta, allí han nacido todos sus hijos.

Se pasea por el prado con aire de gesta, altivo, como convencido de que cuanto le rodea le pertenece.

Ningún niño ha osado acercarse al nido, en donde el zorzal parece vivir en su reino.

El enfermo envidia su alegría de vivir, la fuerza que hay en él, esa altivez con que parece contemplar lo efímero y lo intrascendente.

Pero, esta mañana, tan apacible y consoladora belleza contemplativa ha desaparecido, sólo con dos palabras de José, el jardinero.

-¿Por que está el pasto tan raleado, José? ¿Por qué esos clarines que empezaban a asomar han desaparecido? ¿Por qué, hombre?

Entonces, José, que se siente pinchado en su oficio-noble oficio- adquiere actitud catedrática, y lanza sus conocimientos como una pelota que rompe un vidrio.

-Vaya señor, si son esos malditos gorriones que se comen todo lo que pillan. No dejan plantita viva, señor. Son capaces de comerse a su madre.

Son tremendos estos gorriones, sumamente dañinos...

¡Toda la belleza hecha pedazos! ¿Y el pasto?, se atreve a indagar, con miedo, el hombre de la convalecencia.

-Bah!, dice José, es el zorzal ese, que usted quiere tanto. Tiene el pico largo y firme, y arranca la chéptica de raíz! El zorzal, mi zorzal, dice el espectador, entristecido porque le han quitado la única fé que le quedaba.

Entonces, ¿ya nada no hay nada perfecto, ninguna belleza está incontaminada?

En verdad, Nada.-

EXPRESO DE LUJO

"Hay cosas en las que uno no puede creer si no las vive. Por ejemplo, todo se ha dicho de nuestra locomoción colectiva: que es pésima, que es indigna de una ciudad que se precia de civilizada, que enloquece a la gente, que envía al otro mundo a tantos seres como es capaz de transportar en los más viejos vehículos de que hay memoria.

Llegué a pensar que ya no se puede decir más de nuestra increíble locomoción.

Pero hay algo que no se ha dicho y que yo puedo decir después de haberme topado hoy con el estrafalario expreso "Los Leones", que llevaba el N° KF 71.

Este servicio "Los Leones" era, hasta hace poco, bastante recomendable.

Los vehículos pasaban con relativa frecuencia, y los inspectores no se aburrían mucho en las esquinas.

Más para ayudar en algo a resolver el problema pavoroso de la locomoción, los empresarios de este recorrido no encontraron mejor medio que sacar más de la mitad de los micros en servicio y echarlos a correr por la Alameda, desde la estación hasta el canal San Carlos.

Fué como desvestir un santo para vestir a otro, a causa de que los carricoches que van por la Alameda tienen una tarifa de \$ 10, y los que van por "Los Leones" una de \$ 6.

El negocio es mejor que comprar acciones del Banco de Chile.

Han reclamado los perjudicados por medio de cartas, inercio-

nes en los diarios.

Pregunto que hacen las autoridades y por que no curan estas cosas. Pero, ¿Quien dijo que había autoridades en esta urbe mansa y atribulada?

Cuando se las busca, aunque sea con un cabo de vela, no se las encuentra por ninguna parte.

Así pues, ayer, después de larga espera, vi venir a lo lejos un carronato dando tumbos y chirriando destempladamente, me sentí el más feliz de los mortales.

Era un "expreso" pero tenía toda la traza de ser un "ordinario".

Trepé en él con inauditos esfuerzos empujado y apretado por unos 15 atormentados, como yo.

En la parte trasera logré un asiento, y ubiqué mi humanidad sobre un palo que me trajo reminiscencias de Caupolicán.

Los vidrios cerraron los huecos de la ventana, alguna vez, herméticamente, pero ahora no cerraban. Algunos estaban rotos.

La puerta de atrás, descompuesta, no cerraba tampoco.

El aire frio penetraba por todas partes y helaba hasta los huesos.

Los pasajeros se apretaban en el pasillo, con el cuello del abrigo subido hasta la coronilla.

Esto era un "expreso". ¿Como habían de ser los "ordinarios"?

Pero he aquí lo que faltaba decir de nuestra locomoción: que es la más entretenida del mundo.

Llegaba el KF 71 a la altura del Hospital San Borja. El chófer saca una voz como de ultratumba y empieza a pedir algo, atrop

lladamente: "Ahí, más allá, hay una pareja de carabineros. Todos los que van en el pasillo que se agachen por favor. Agáchense, un ratito, ya pues..."

Y como en tiempos de mi servicio militar, miré como todos empezaban a hacer flexiones.

A los caballeros les era fácil enclocarse, lo que hicieron con la mayor naturalidad del mundo. Más, las señoras se encontraron en duros aprietos.

Una dama de vestido café se arrolló un poco la falda y lo hizo con relativa facilidad. No le importó mostrar una bien torreadas piernas de televisión.

Una obesa señora no tuvo más que inclinar la cabeza y elevar al aire su "contrapeso".

Todos parecían estar buscando algo que se les había perdido.

"Agáchense por favor", seguía diciendo el chofer, manso como una oveja.

Pasó el expreso KF 71, como un meteoro frente a las autoridades constituidas, que, como siempre, no se dieron cuenta de nada.

No podrá negar nadie que nuestra locomoción, a más de ser mala, es entretenida.

ANTIFAZ

"Tras la careta, vi al dafas, unos ojos que yo había mirado hace muchas primaveras.

Eran los mismos, estoy seguro de que eran los mismos, con idéntica luz a la que de aquellos que yo creía cerrados para siempre. Ojos de juventud, pero plenos de incertidumbre, como si no se atrevieran a posarse sobre las cosas para no desintegrarlas.

Miraban estos ojos, tras el antifaz, como en lejanía, tal si tuvieran el suplicio de agujonear recuerdos y brumas del pasado.

En medio del alborozo y de las quemantes estridencias, estos ojos tenían una sosegada y meticulosa tristeza. Miraban como a través de un velo sutil e invisible, de una liviana neblina.

¿Me preguntareis por su color?

No sé, no conozco el color de la inquietud ni el matiz de la ansiedad. Pero afinando y afilando el sentido recóndito, parece que poseían estos ojos la pincelada del mar, el rasgo de un lago, el verdor tenue de una rama de olivo, acaso la esmeralda del laurel.

No, no eran verdes, que es cosa vulgar y perecedera. Eran afines, con una indescifrable ecuación matemática.

Tras el antifaz, miraban todo con sorpresa deleitable, como si trataran de inquirir lo que portamos detrás del espíritu, en la última sombra o cavidad de nuestra pobre vida interior.

Su mirar no producía sobresaltos ni nerviosas inquietudes, porque estos ojos daban y digundían la paz.

Pasaron como pasa un celaje. Se perdieron entre la muchedumbre, se desvanecieron en la noche larga que tratamos de animar con disfraces, con piruetas, con gritos y con canciones ya medio olvi-

dadas . En medio del mar humano, tremendo en su mimetismo, sin elegancia, y sin ritmo, los ojos que miré y que me miraron ya no existían para nadie.

Y ahora, sin saber por qué, el antifaz se transforma en una pantalla del pretérito, y, tras él, aquellos ojos nos siguen mirando. ¿Por que no?

Si afinamos el espíritu y si damos más amplitud al recuerdo, hemos de ver, en miles de años, estos ojos del misterio que pasa, han acompañado la vida de miles de seres. Los vemos una vez y ya nos acompañarán para siempre.

Ya lo dijo Villaspesa, engeguado en la muerte: "Ojos que fueron míos, no sé donde,.. no recuerdo si en sueños o en el mundo."

Así pasaron esos ojos que se llevó la farándula, tras el antifaz que niega la verdad, pero que nos mece en una deleitosa incertidumbre.

Un día habrá de cubrirlos la tierra en la gran fiesta de la reintegración. Pero, no todo es olvido.

Han pasado unos niñitos, soplando en unos pitos sonoros.

Nos ha invadido una tenebrosa, una cansada desesperanza.

ELOGIO DEL MEMBRILLO

No podía ser el membrillo el emblema de la fruta prohibida. Nuestra madre Eva no le habría echado el ojo. El membrillo es modesto, democrático, humilde.

Se esconde en los cercos del camino peleando a brazo partido con la zarzamora.

Le sujetan y le pinchan los alambres de púa, y, a veces, intenta treparse por el poste que sujeta los alambres del teléfono.

Parece que tuviera miedo o vergüenza de su color, fuerte y rozagante, mientras el otoño le ha quitado el matiz a todo lo creado.

Toda fruta tiene o ha tenido su canto. Al membrillo no le ha cantado nadie. No es que se le desprecie; es que no sabe mostrarse.

El durazno se anuncia con la ^{pompa} de su mundo rosado, y la jugosa ~~pera~~ pera ha sido precedida por un blanco cortejo rupoisl.

La cisuela azul y la guinda roja, fueron antes ramazón de flores que terminaron por tapizar la tierra con delicados colores.

El membrillo aparece solo, sin aviso anticipado, salpicado de ojitos negros.

Por todos los caminos de Chile amarillea, en estos días, el membrillo. Sólo parece ser amado por los chiquillos medio desnudos y descalzos, que van sorbiendo su jugo agrio y refrescante. Es, sin duda, la fruta de los niños pobres, de los niñitos de los inquilinos.

Toman el fruto gualda como toman del suelo un guijarro para

tirarlo en las aguas del río. Porque -esto sí que es cierto- el membrillo es de todos, del que va cansado y sediento por el camino polvoroso, del que va a pie como del que va a caballo.

Es "res-nullius", pertenece a los que tienen una sed que nunca será saciada...

Un día, ya maduro, llega a nuestras casas el modesto saco. Porque al membrillo no le importa el rigor. Pueden golpearlo, apalearlo y es siempre el mismo. (¡Oh, hermano!...) Nuestra madre estruja el zumo de sus entrañas, manipula unos tiestos, hierve el jugo espeso en unas ollas. Todo para que el niño que está en el colegio. Y allá van los moldes, uno tras otro, a endulzar la soledad del colegial, a ser compartido con los amigos, a poner sabor de hogar en el desabrimiento del internado.

De su corteza y de su pulpa gelatinosa, brota ese milagro gustoso que es la jalea de rubia, dorada, tornasol, con estrías de zafiros.

Y el sorbete que la madre guarda para los calores del verano en albas botellas.

¿Que fruto puede darnos tantos aspectos de dulzura? Si miramos el curso de su vida breve, también nos enseña. Nos incita a no ser soberbios, a obrar con humildad, a servir cuando otros ya no sirven, a dar sin pretensión, a no repartir amargura. También nos educa y nos habla de una oculta fortaleza; de una resistencia al dolor que no falta, de una resignación que a veces no tenemos. Nos enseña, además, que también puede subirse hasta las alturas o pensar en ella, aunque un hierro punzante nos clave.

¡Loor al membrillo de nuestra niñez, por él hasta hoy endulzada!"

JUICIO CRITICO

Como hombre tranquilo que es, "quitado de bulla", sereno, humano, sus crónicas como periodista son también tranquilas, serenas y humanas.

Tal vez sea en ellas donde mejor se refleja el carácter de este hombre, que antes que nada y sobre todo es hombre; un hombre que trata de comprender a la humanidad, recargada de defectos y adornada con virtudes.

Ezequiel de la Barra llegó casi de improviso a Jefe de Crónica de un rotativo. Dió un salto grande. Tuvo una experiencia distinta a la que han vivido otros periodistas que han debido escalar poco a poco las posiciones hasta llegar a la cúspide.

De la Barra hizo en sus comienzos lo que pocos logran: dirigir prácticamente, un diario. Es decir, franqueó todos los peldaños de la escalera con un solo paso.

Indudablemente "Chequelito" (sobrenombre de sus amigos) sentía pasión por el periodismo, aún cuando su otra profesión, la de abogado le abría un horizonte más pletórico de satisfacciones materiales.

Pero Ezequiel de la Barra, como hombre tranquilo, ecuaníme y consciente de que el mundo está formado de vanidades, a cuyo recuerdo sonríe y se admira de que haya gente que pueda prestarles atención, prefirió ser periodista, y gracias a esa decisión suya, muchos pudieron aprender de su experiencia, y solamarse en la lectura de sus artículos que en Concepción firmaba como "Lázaro" y en Santiago con una común y humilde "B", reflejo de su desprecio por la fama. que. por lo demás. ya se tenía labrada.

Inudablemente, las "Notas del Día" es lo mejor de su producción literaria.

Durante 10 años, estas crónicas le dieron importancia y categoría a la fría y árida página de editoriales de "La Nación", y durante los últimos tiempos, necesario es decirlo, mucho público adquiriría ese periódico (que después del 54 comenzó a caer en el desprestigio), únicamente por el artículo de "B".

Las "Notas del Día", que aparecían, sagradamente en el ángulo de privilegio superior derecho de la página de Redacción, forman un conjunto de "poemas" a la vida y al mundo, en que de la Barra vertió sentimientos personales de hombre maduro, con experiencia recogida durante una vida preñada de acontecimientos que invariablemente da la profesión del periodista.

El contacto humano que esta actividad, sumada al que le proporciónó su "otra" profesión, le dió un trasfondo de conocimientos, percepciones, sentimientos, que constituyeron para él un nutrido material del que hizo uso en su tarea creadora frente a la máquina de escribir.

La nota sentimental, ese "no sé qué" de poesía en cada una de sus crónicas tuvieron un mérito. Das al periódico la vena lírica que le faltaba.

Siempre mostró lo bello, lo emocionante, y siempre, algo alegre dentro de lo triste, así como es la vida, sencillamente, y con un lenguaje al alcance de cualquier lector.

A menudo estos artículos dejaban enseñanzas emanadas de sus propios pensamientos y de sus diálogos consigo mismo.

En su crónica titulada "El hombre que va atrás" se pregunta y responde:

"¿Que sitio ocupo yo en este inmenso rebaño? ¿No seré yo también el hombre que va atrás?"

No tengo valor para decir la verdad, pero algo me dice que no he de ser el último para entender la tristeza y el cansancio de quienes van detrás de mí.

De aquí en adelante llevaré yo mi propio fardo, no se lo pasaré a nadie ni miraré para ver si alguien me acompaña o me sigue."

En su "Elogio al membrillo" de la Barra hace recapacitar en otro sentido:

"Que fruto puede darnos tantos aspectos de dulzura? Si miramos el curso de su vida breve, también nos enseña.

Nos incita a no ser soberbios, a obrar con humildad, a servir cuando otros ya no sirven, a dar sin pretensión, a no repartir amargura.

También nos educa y nos habla de una oculta fortaleza, de una resistencia al dolor, de una resignación que a veces no tenemos.

Nos enseña también que puede subirse hasta las alturas o pensar en ella aunque un hierro punzante nos clave.

¡Llor al membrillo de nuestra niñez, por él hasta hoy endulzada!

Ezequiel de la Barra, aunque no es un humorista, hace uso, a veces del humor, y sarcásticamente enfoca problemas diarios de la vida ciudadana común.

En su artículo "Expreso de Lujo" afirma y pregunta: "Que hacen las autoridades y por qué no curan estas cosas?"

-Pero, ¿quien dijo que había autoridades en esta urbe m... y etri

bulada?

Cuando se las busca, aunque sea con un cabo de vela, no se las encuentra por ninguna parte...

...Pasó el expreso KF 71 como un meteoro frente a las autoridades constituidas que, como siempre, no se dieron cuenta de nada.

Los artículos de Ezequiel de la Barra son de antología; sus lectores verían con placer que se recopilaran en un texto y se imprimieran en una edición "aristocrática" de lujo y una "democrática" en papel de diario, como uno de sus admiradores una vez le sugirió.

Pero el periodista considera, con una modestia que exaspera a su esposa de casi medio siglo de matrimonio, que "no vale la pena hacerlo, porque son unas cuantas cosas que escribí mandado por el diario".

Sin embargo, aunque tal cosa no suceda, quienes fueron sus lectores recordarán con cariño las crónicas diarias que firmaba un señor con una sencilla "B".


